

LA ESPAÑA CUESTIONADA

LUIS E. ÍÑIGO FERNÁNDEZ



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: *La España cuestionada*
Autores: © Luis E. Íñigo Fernández

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

© 2012 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN edición impresa: 978-84-9967-417-19
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-418-6
ISBN edición digital: 978-84-9967-419-3
Fecha de edición: Noviembre 2012

Impreso en España
Imprime: Imprenta Fareso
Depósito legal: M-33.272-2012

*A todos cuantos buscan en la historia
una guía para entender el presente
y no una coartada para justificar sus privilegios.*

Índice

Prólogo	13
Introducción. Una contumaz geografía	17
Capítulo 1. Hijos de Roma	21
Vientos del este	21
Los primeros <i>españoles</i>	26
El águila vuela hacia el oeste.....	31
La conquista	36
La romanización	41
La decadencia	54
<i>Spania</i> visigoda	61
Capítulo 2. La España medieval	65
Una etapa decisiva	65
Españoles en al-Ándalus	70
Los hijos de los visigodos.....	78
Las mentiras del nacionalismo	89
Dos Españas	96
Capítulo 3. España reunida	103
Tanto monta... ..	103
Más unidos de lo que parece	108
Época de grandes empresas	109
Que sea un príncipe, rey y señor y gobernador de todos ellos	115

Las iluminarias de nuestra victoria	121
... Y no será entonces Tule la última de las tierras	126
España recobrada	134
Falacias y ucronías	136
Capítulo 4. El nacimiento de la nación	139
Una dinastía extranjera	139
El nacimiento de la nación española	141
La Corona	142
Las instituciones	147
La Hacienda	150
La cultura	152
La religión	157
La hegemonía	158
Una apuesta fallida	165
Balance de una época	173
Capítulo 5. La nación proyectada	175
La vertebración de España	175
Un Estado fuerte	180
Una economía en auge	195
El regreso al concierto internacional	197
Hacer nación	204
Balance de un siglo	206
Capítulo 6. Una ocasión perdida	213
El colapso de un régimen	213
Una guerra nacional	218
La nación, sí, pero ¿qué nación?	220
La nación en Cortes	223
El equipaje del rey José	225
Navarro y Monsalud	229
Una nefasta división	234
Un liberalismo pervertido	237
Capítulo 7. La nación acomplejada	241
El liberalismo adulterado	241
La fallida regeneración del liberalismo	247

La Gloriosa	252
La de los tristes destinos	255
España de charanga y pandereta	259
Un nacionalismo acomplejado	266
Capítulo 8. Un tardío despertar	275
El régimen de Cánovas	275
Paz y crecimiento	280
Oligarquía y caciquismo	283
Jaque a un régimen	287
La dictadura pintoresca	299
El retorno de Marianne	302
Sueños de reforma	305
La quiebra de los sueños	311
Nubarrones en el horizonte	314
España a medio hacer	317
Nación y República	319
Capítulo 9. Un nacionalismo pernicioso	327
Problemas de identidad	327
Un régimen, tres etapas	333
El fascismo que no pudo ser	335
Dólares y crucifijos	345
El principio del fin	351
Una, grande y libre	358
Capítulo 10. La Transición	365
La herencia del Caudillo	365
El triunfo de la cordura	368
La nación devuelta	371
La primera Constitución de España	373
Sueños de papel	378
Capítulo 11. La nación cuestionada	385
Bibliografía recomendada	393

Prólogo

El día 7 de octubre de 2003, cuando se aproximaba el vigesimoquinto aniversario de la aprobación, por una abrumadora mayoría popular, de la Constitución española, los siete ponentes de la Carta Magna, reunidos en el Parador Nacional de Gredos, que había acogido en 1978 algunas de sus reuniones de trabajo, suscribieron una Declaración conjunta. En ella expresaban, junto a otras certezas, su convicción de que, después de veinticinco años de vida, y con independencia de sus posibles deficiencias, permanecían incólumes «el espíritu de reconciliación nacional, el afán de cancelar las tragedias históricas de nuestro dramático pasado, la voluntad de concordia, el propósito de transacción entre las posiciones encontradas y la búsqueda de espacios de encuentro señoreados por la tolerancia que constituyen la conciencia moral profunda de nuestro texto constitucional».

Nueve años después, resulta difícil mostrarse tan optimista como los padres de nuestra Carta Magna se mostraron entonces. Son muchas las cosas que han cambiado en España. El crecimiento acelerado ha dejado paso a la crisis económica más profunda y duradera que somos capaces de recordar; el consumo desaforado, a la caída en picado de la demanda; la confianza, quizá un tanto ingenua, en el futuro, al más triste desaliento y, lo que es más grave, el consenso, aunque nunca absoluto, sobre el modelo de Estado introducido por la Constitución de 1978, al abrazo, menos disimulado que nunca, de postulados nítidamente

secesionistas por parte de fuerzas políticas con responsabilidades de gobierno territorial.

No es un secreto que la crisis ha azuzado el independentismo, ofreciendo a los políticos nacionalistas la herramienta perfecta para desviar la atención de los problemas económicos de los ciudadanos, fruto, en buena medida, de su propio despilfarro y su mala gestión de los recursos públicos. ¿Qué mejor, cuando la realidad no nos gusta, que buscar a otro al que culpar de todos nuestros males y cifrar en un mensaje de prístina sencillez, el que mejor cala entre los ciudadanos, la solución total y absoluta de nuestros problemas? Y si este mensaje nos sirve, a un tiempo, como herramienta de chantaje permanente con la que arrancar nuevas competencias y recursos al gobierno de la nación, en un proceso interminable que afloja los lazos sin romperlos nunca del todo, mejor que mejor.

Pero lo que ahora sucede, y eso es lo que nos interesa señalar en el prólogo de un libro como el presente, no es nada nuevo. En realidad, se trata de algo con numerosos antecedentes históricos en las distintas etapas políticas de nuestro país, y que una vez más se viene preparando desde los comienzos mismos de la Transición, cuando los nacionalismos mal llamados moderados se hicieron con el poder en sus respectivas comunidades autónomas sin otro ánimo que el de avanzar, sin prisa pero sin pausa, hacia mayores cotas de autogobierno, aun al precio de convertir el Estado autonómico en un ente inviable, y sin reparo alguno en alimentar con agravios imaginarios la desafección de su ciudadanía hacia la nación común y la historia compartida.

Porque la manipulación, sistemática y sin escrúpulos, de la historia de España ha venido desempeñando un papel determinante en ese proceso. Todo lo que comparten los españoles, con independencia del lugar en que residan o que sientan como suyo, ha sido ocultado, deformado o manipulado; todo lo que les distingue, agigantado hasta la caricatura hasta arraigar en el imaginario colectivo de una buena parte de la ciudadanía.

Es por eso por lo que libros como este que tengo el gusto de prologar se convierten en ejercicios necesarios de libertad y de honradez intelectual. De libertad, porque lo es alzar la voz frente a cualquier ideología excluyente que no tiene reparos en conculcar los derechos de los ciudadanos si ello conviene a sus intereses; de honradez intelectual, porque lo es desvelar cuanto de común existe en la historia de los diversos pueblos de España, desenmascarando así las interesadas falacias de los nacionalismos. Quizá con la lectura, necesariamente reflexiva, de obras como esta vayamos recordando un poco mejor que, como escribiera Julián Marías: «España es un país formidable, con una historia maravillosa

de creación, de innovación, de continuidad de proyecto » y no tengamos que convenir con él en que « es el país más inteligible de Europa, pero lo que pasa es que la gente se empeña en no entenderlo». Y, sobre todo, quizá con ello logremos quitarle la razón a Jaime Gil de Biedma cuando afirmaba que «de todas las historias de la historia la más triste sin duda es la de España porque termina mal». En nuestras manos está, todavía, que no sea así.

Carmen Pérez-Llorca Zamora
Viceconsejera de Organización Educativa
Consejería de Educación y Empleo de la Comunidad de Madrid

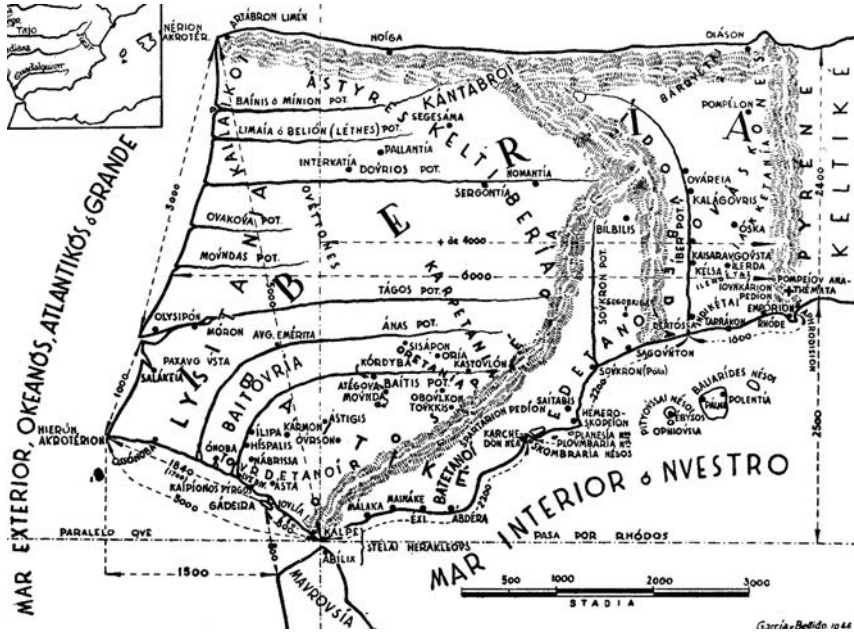
Introducción

Una contumaz geografía

Consideraba Arnold Toynbee, y no sin razón, que el medio desempeña un papel fundamental en la historia de los pueblos, pero son estos, a la postre, quienes labran por sí mismos su ascenso o su caída. Argüía el célebre historiador británico en su monumental *Estudio de la historia* que aquellas sociedades que habitaban territorios demasiado pródigos en recursos carecían de incentivos para el progreso y, sin necesidad alguna de esforzarse, terminaban por abandonarse a la desidia y, al fin, se hundían en la decadencia. Por el contrario, si el entorno era lo bastante exigente para requerir de los hombres un esfuerzo notable de ingenio y organización, pero también lo bastante generoso para premiar después ese esfuerzo, el avance de los pueblos se apresuraba hasta límites inopinados, como fue el caso de Mesopotamia y Egipto.

Nuestra tierra tiene algo de ambos extremos pero, por más que les doliera a los antiguos cronistas medievales que, siguiendo la brillante estela de San Isidoro, solían comenzar sus historias patrias exaltando la riqueza natural de España, no es la península ibérica un lugar bendecido sobremanera por la naturaleza. Sí goza, empero, el solar hispano de una indiscutible personalidad geográfica que, sin incurrir en anacrónicos determinismos geográficos, de seguro ha condicionado su devenir histórico.

Llaman la atención de ella, en primer lugar, su situación extrema en la cuenca mediterránea y su nítida separación del continente, remarcada no sólo por el consiguiente istmo, sino por una de las cadenas montañosas



«Iberia —escribió en el siglo I el geógrafo griego Estrabón— se parece a una piel de toro, tendida en sentido de su longitud de Occidente a Oriente, de modo que la parte delantera mire a Oriente y en sentido de su anchura del septentrión al Mediodía». En la imagen, interpretación del mapa de Estrabón por García y Bellido (1944).

Cerdeña a Atenas, y el *Desperta ferro* de sus almogávares, a voz en grito declamado, heriría con estridencia los decadentes oídos de los bizantinos. Y, en fin, castillos y leones cruzarían el océano, aniquilando un mundo y edificando sobre sus ruinas no uno nuevo, sino una copia del antiguo, y alimentando con la plata arrancada a sus entrañas un sueño católico e imperial cuyo peso intolerable terminaría por debilitar la misma pujanza de España.

Pero no cabe dejar en el olvido a la vieja África, cuya vecindad estrecha ha hecho de Iberia tierra de paso obligado entre continentes, camino de continuas migraciones de pueblos, desde los vándalos a los musulmanes, y guardiana forzada de la puerta del Mediterráneo. Posición estratégica privilegiada como pocas, nunca don gratuito, ha cargado sobre nuestras fatigadas espaldas responsabilidades que pocas veces hemos estado dispuestos a asumir. Abandonada en pro de la aventura americana la cuerda política norteafricana del Rey Católico, revivida sólo de manera discontinua en siglos posteriores, y amputado el territorio de la roca estéril pero valiosa de Gibraltar, fue después el protectorado marroquí más un

Capítulo 1

Hijos de Roma

VIENTOS DEL ESTE

Quizá, por ello, para desenterrar las raíces comunes de los españoles es necesario mirar muy lejos en el tiempo. La presencia del hombre en la península ibérica, al menos por lo que hoy sabemos, se remonta a más de ochocientos milenios. Fue por entonces cuando un antepasado de nuestra especie, el *Homo antecessor*, dio sus primeros pasos por las tierras de Europa, aunque desconocemos todavía de seguro cómo llegó hasta aquí. Sabemos algo, es cierto, de cómo era su vida, no muy distinta a la de cuantos antepasados del *Homo sapiens* poblaron el mundo antes de nuestra llegada. Capaz tan sólo de fabricar toscas herramientas de piedra y madera, se veía sin duda forzado a recorrer los campos arrancando raíces y acopiando frutos y bayas, disputando alguna mísera carroña a los buitres o cazando pequeñas presas que luego arrastraba hasta oscuras y protectoras cuevas donde las devoraba al abrigo de depredadores más fuertes y osados. Pronto abandonaría la península este humilde antepasado nuestro para dejar paso a especies humanas mejor adaptadas a un medio por entonces más inhóspito y frío que el actual. Pero habría que esperar todavía mucho, hasta unos cuarenta mil años antes del presente, para que los primeros ejemplares de nuestra propia especie hollaran con sus pisadas el solar ibérico.

Durante unos milenios más, el hombre peninsular hizo pobres progresos materiales. La talla de la piedra se hizo más perfecta y empezaron

su arte pronto empezó a representar su sumisión a las mismas fuerzas de antaño, pero ahora con la armonía aprendida de los visitantes de más allá del horizonte, con ejemplos de factura tan delicada que nos convencen enseguida del elevado grado de civilización que conquistaron.

Pero ¿qué decir de su lengua? ¿Hasta qué punto era también común la forma de expresarse de aquellos pueblos cuya escritura se muestra aún esquiva a nuestra comprensión? Y ¿cuán lejos penetraba su sonido, que aún desconocemos, en el desabrido interior de la península? Parece, por lo que hoy sabemos, que dos eran en aquellos tiempos los grandes troncos lingüísticos peninsulares. Uno, que abarcaba el oeste y el norte, incluyendo bajo su influencia la Meseta y el valle del Ebro, con exclusión de su desembocadura, era de origen celta y tenía como variantes principales el lusitano y el celtibérico. El otro, que se hablaba en los valles pirenaicos y en la mayor parte de lo que hoy es Cataluña,



Dama de Elche, Museo Arqueológico Nacional de España, Madrid. El busto, tallado en piedra caliza entre los siglos V y IV a. C., presenta, por su indumentaria y adornos, características típicas de la cultura ibérica. Aunque durante mucho tiempo se pensó que podía tratarse de un fraude, los análisis de los restos de los pigmentos y ceniza que aún conserva realizados en 2005 y 2011 demostraron su antigüedad y su uso como urna cineraria, práctica característica de los pueblos ibéricos.



Cálato y tapadera íberos procedentes del yacimiento arqueológico de Cabezo de Alcalá, en la provincia española de Teruel. La pieza, que sirvió probablemente como urna cineraria, revela la gran influencia del arte griego sobre la cultura ibérica.

hogares de piedra y paja, bien protegidos por murallas y fosos, mientras sus pacientes mujeres velaban su ausencia y cuidaban los rebaños y los campos en espera del botín que la rotunda superioridad de sus armas arrancaba a los pueblos del sur. Pero con el tiempo, estos, más avanzados en el tortuoso camino de la historia, terminarían por cambiar sus vidas, agrandando sus casas, ensanchando sus poblados, abriendo entre ellos amplias distancias sociales. Y así, cuando Roma trabe contacto con los temibles celtas, después del siglo II a. C., los encontrará ya en avanzado trance de iberización.

¿Y qué decir de la Meseta, vecina forzada de aquellos pueblos agueridos? Por razón de su proximidad, fue celta primero para ser íbera después. Al llamar a sus moradores *celtíberos* no hacemos sino reconocer a unas poblaciones que, influidas primero por los celtas oriundos de allende los Pirineos, reciben luego el influjo de la iberización. Arévacos, pelendones o lusones posen, en consecuencia, elementos de ambos mundos. Su gobierno es similar al de los íberos, la confederación temporal de tribus independientes regidas por aristócratas o reyezuelos de poca firme autoridad. Su sociedad no puede disimular la presencia de rasgos

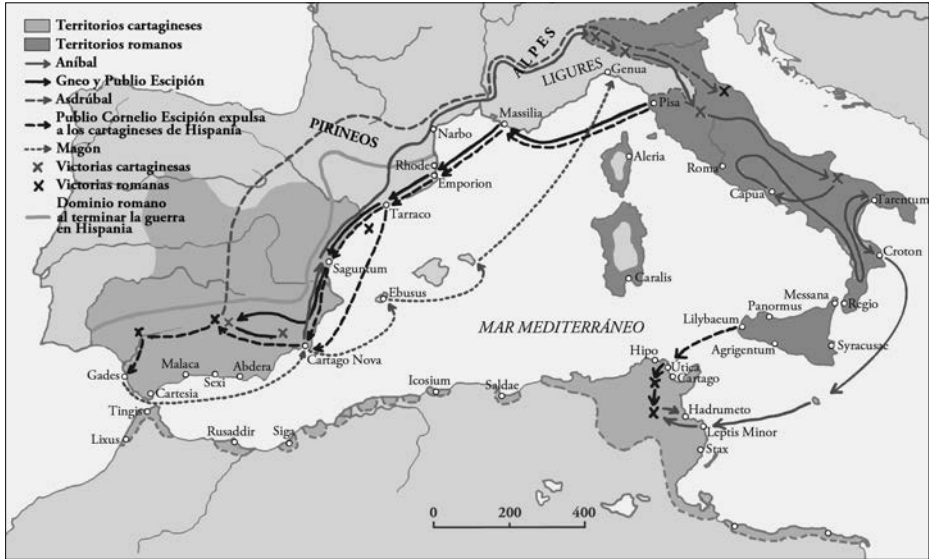


Imagen de una vivienda típica de un castro celta. Los castros eran poblados de casas circulares de piedra con cubierta de paja de forma cónica que se apiñaban de manera desordenada al amparo de murallas, torres o terraplenes, lo que da buena cuenta del papel que la violencia y la guerra desempeñaban en la vida de estos pueblos y de su escasa diferenciación social.

claramente indoeuropeos, como la gran importancia del clan o la práctica de costumbres como la hospitalidad o el patronato. Y su economía, que conoce, eso sí, una hábil metalurgia y un regular comercio, ha de adaptarse, por encima de influencias de uno u otro origen, a la multiplicidad de condiciones naturales de la Meseta, desde las fértiles vegas, que invitan al cultivo, a los pelados montes apenas aptos para el pastoreo seminómada. También aquí, de todos modos, serán los vientos del este y del sur los que impulsen los cambios. En toda la Iberia prerromana, la iberización, en mayor o menor grado, constituye un proceso real cuyo destino final, interrumpido por la conquista romana, apuntaba hacia una considerable homogeneidad cultural en el conjunto de la península.

EL ÁGUILA VUELA HACIA EL OESTE

Porque los vientos del continente soplaron con fuerza, pero también callaron luego durante mucho tiempo. De nuevo es el Mediterráneo la herramienta de que se sirve Clío para forjar el destino de Iberia y anudar



La Segunda Guerra Púnica (219-201 a. C.) fue una verdadera lucha por la hegemonía entre las dos grandes potencias del Mediterráneo occidental en la que, por desgracia, Hispania y sus recursos estaban llamados a jugar un papel decisivo.

inevitable. Escipión pasó entonces a África e infligió a los cartagineses una aplastante derrota. Llamado a defender su patria, Aníbal cayó también frente al militar, por desgracia su enemigo, que más había sabido aprender de sus propias lecciones. El desastroso resultado de la batalla de Zama (202 a. C.), que puso fin al conflicto, no habría sido posible sin que los cimientos del poder militar cartaginés, bien plantados en Hispania, hubieran sido antes removidos.

LA CONQUISTA

Las consecuencias de la guerra fueron decisivas. Cartago desapareció como gran potencia y las tierras de Hispania quedaron en manos romanas. Pero antes de comenzar a modelar a su imagen y semejanza su nueva conquista, Roma hubo de enfrentarse a terribles dificultades. Porque los pobladores de esta tierra tardaron poco en ver que la derrota cartaginesa iba a suponer para ellos tan sólo un cambio de señores. Los hijos de Rómulo parecieron, al principio, un poco más benévolos que los de Dido, no en vano predicaban la liberación de los cartagineses, pero su rapacidad no era menor, como bien pronto demostrarían. Por ello, los

Capítulo 2

La España medieval

UNA ETAPA DECISIVA

La última de las disputas por el trono entre los nobles visigodos fue la causa inmediata de la ruina del Estado soñado por Leovigildo y con tanto esfuerzo construido por Recaredo, Chindasvinto y Recesvinto. La tradición medieval, más amante de las lides románticas o las heroicas sagas que de la exégesis política, atribuyó la *pérdida de España* a la sucia traición de un noble, el conde don Julián, a la sazón gobernador de Ceuta. Resuelto a vengar la ofensa que el rey Rodrigo le había inferido al deshonorar a su hija, que se contaba entre sus huéspedes, habría abierto a los musulmanes las puertas de la península.

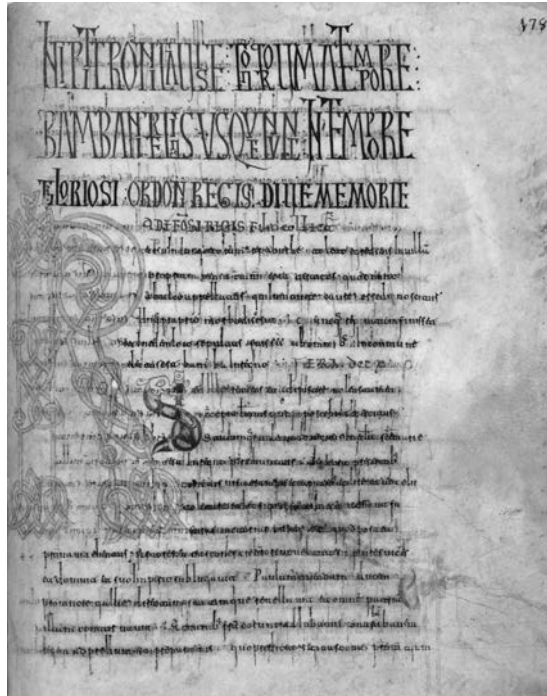
Fuera esto cierto o una mera invención, lo fundamental es que las huestes mahometanas contaron tras la invasión con apoyos muy relevantes en el seno de la sociedad visigoda, debilitada por un proceso de fragmentación interna que socavaba su capacidad de resistencia frente a cualquier enemigo que se propusiera someterla. La conquista, siendo los invasores tan sólo unos pocos miles, les habría resultado imposible de no ser por este hecho, común, por otra parte, a los Estados vecinos de la Arabia originaria de la civilización islámica, como los en apariencia vigorosos imperios bizantino y persa.

El primero de estos apoyos lo recibieron de una facción nobiliaria descontenta con la promoción al trono de don Rodrigo. Este, general y duque de la Bética, se había convertido en rey a la muerte de Witiza



Portada de la Crónica del Rey Rodrigo, escrita en 1439 por Pedro del Corral. La obra recoge la idea de la pérdida de España a manos de los musulmanes, trazando un fresco colorista por el que desfilan, sin faltar ninguno, personajes como el rey don Rodrigo, el conde don Julián, los moros Tarik y Muza, la Cava, el obispo don Oppas, Pelistas, rey de Córdoba o el mismo don Pelayo.

contra el parecer de los partidarios del monarca fallecido, que esperaban preservar sus privilegios coronando a Ágila, el pequeño hijo de Witiza, destinado a ser un simple títere en sus manos. Derrotados por Rodrigo, se volvieron hacia el gobernador musulmán de Túnez, Musa ibn Nusayr, solicitando su apoyo para recuperar el trono a cambio del botín que pudieran conseguir sus tropas en la batalla contra los ejércitos reales. Como es natural, el emir norteafricano aceptó. La conquista de España era el siguiente paso natural de una expansión iniciada ochenta años antes bajo coránicos auspicios de santidad para sus mártires; las riquezas que atesoraban los visigodos y la feracidad de sus tierras, míticas, y la debilidad del enemigo, notoria. Los musulmanes se habrían lanzado, pues, más pronto o más tarde, a la conquista de España, con o sin invitación. La alternativa, la penetración hacia el despoblado y árido desierto norteafricano, no ofrecía un atractivo comparable.



Crónica de Alfonso III. Códice de Roda, Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Escrita a finales del siglo IX y conservada en dos versiones, la crónica que lleva el nombre del monarca asturiano abarca desde el reinado del monarca visigodo Wamba (672-680) hasta el del asturiano Ordoño I (850-866), padre del propio Alfonso III, y en ella es ya bien visible el programa de la Reconquista.

per la sua gran riquesa, e bellea e noblea, e per la bellicositat dels seus naturals, entre totes les del món⁷. Y en cuanto al aragonés Vagad, baste con recordar su alusión a los «príncipes tan altos y antiguos, tan sabios y famosos d’España, que antes que hoviesse turcos, antes que sonasse ni Cessar ni Alixandre, ya por inmortal fama arreava toda Europa».

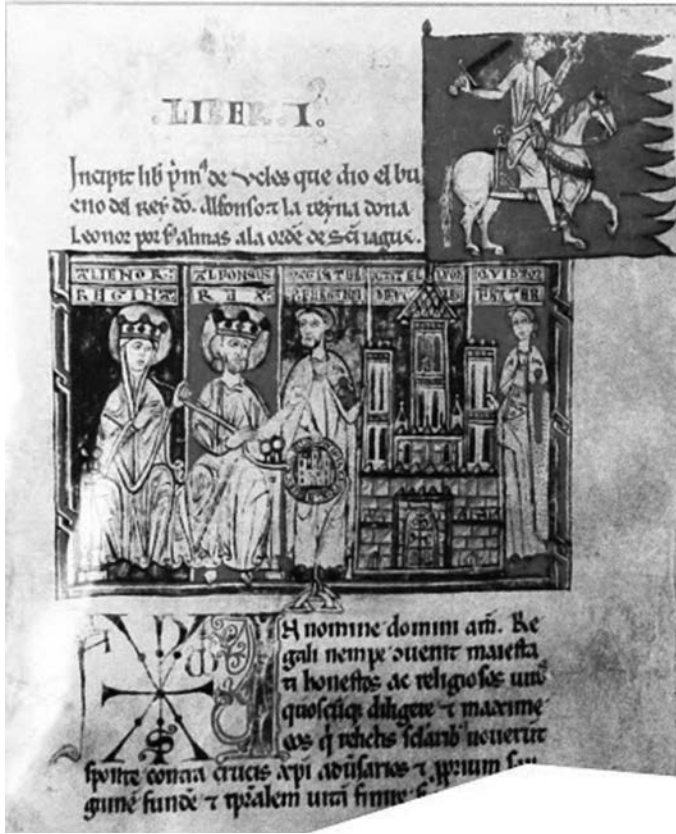
Y no se trata en modo alguno de excepciones. La célebre Crónica de Bernat Desclot, escrita en catalán a fines del siglo XIII, registra también continuas y significativas alusiones a España como referente común de

⁷ Se le conoce como *el falso Boades* porque la obra fue escrita en realidad en el XVII por el jurista Roig i Jalpí. Sin embargo, el hecho de que los historiadores lo hayan tenido por auténtico durante siglos revela que las ideas que contiene no eran ni mucho menos extrañas en la Cataluña de la Baja Edad Media, como los nacionalistas catalanes pretenden hacernos creer.



Detalle de la portada del *Liber feudorum maior*, s. XII. Archivo de la Corona de Aragón. Alfonso II de Aragón ordena junto a Ramón de Caldes la documentación destinada a la compilación del cartulario real. Este monarca, el primero que reunió bajo su cetro los condados catalanes y el reino aragonés, volvió a romper la unidad de su patrimonio al ceder al segundo de sus hijos, Alfonso, el marquesado de Provenza.

La derrota de Pedro II en Muret (1213) ante los cruzados dirigidos por Simón de Monfort, en teoría allí enviados contra los herejes cátaros, en la práctica el instrumento del que se sirvió el rey de Francia para someter a su control la zona, puso en todo caso punto y final al sueño occitano de los condes-reyes, como gustan llamarlos los historiadores nacionalistas. Serían desde entonces el Mediterráneo y el sur los focos de atención de la Corona de Aragón, que alcanzaría enseguida bajo Jaime I, llamado el Conquistador (1213-1276), sus fronteras definitivas, aunque fue también este rey quien integró de manera irreversible en los



Alfonso VIII junto a su esposa, Leonor de Inglaterra, en el acto de entrega de la fortaleza de Uclés a los caballeros de la Orden de Santiago, 9 de enero de 1174. Archivo Histórico Nacional, Madrid. Fue este monarca el que incorporó de forma definitiva al reino de Castilla las tierras alavesas y guipuzcoanas, pero no tras una campaña militar ni por la fuerza, como a menudo afirma el nacionalismo vasco, sino como resultado de la libre voluntad de sus señores.

los reinos y condados cristianos, pero en modo alguno para constituir con ellos un fantasmagórico Estado vasco, como ha sostenido la historiografía nacionalista, sino para erigirse en receptor de la legitimidad de los reyes visigodos, cuya herencia le reconoce, como hemos visto, el abad Oliba de Vic al dirigirse a él como *Rex Ibericus*. Los vascos no tenían entonces, ni habían tenido antes, ni tendrían después unidad política alguna, ni muestran en ningún momento voluntad de alcanzarla. Sus señores, con título o sin él, se someterán en cada momento al monarca que más les convenga, y mientras los que habitan allende los Pirineos

Capítulo 3

España reunida

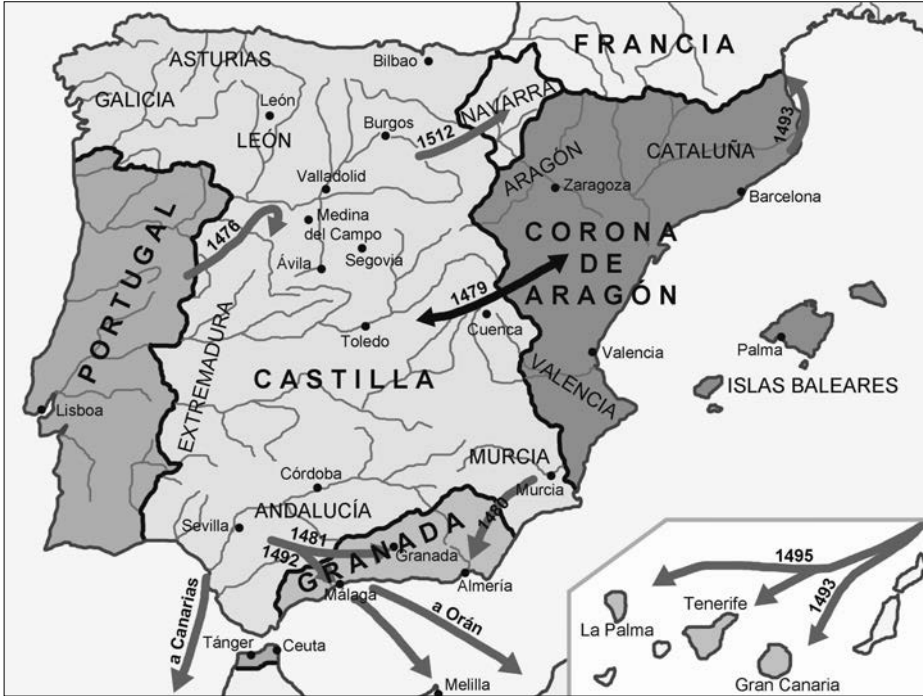
TANTO MONTA...

Ninguno de los escasos testigos de la ceremonia nupcial que se celebraba aquella fría mañana de otoño de 1469 en la villa castellana de Valladolid habría sido entonces capaz de columbrar siquiera la importancia histórica de la boda que se oficiaba ante sus ojos. Frente al altar, juntaban sus destinos y los de sus reinos Isabel, heredera del trono de Castilla, en el que se sentaba a la sazón su hermano Enrique IV, y Fernando, rey titular de Sicilia y llamado a suceder a su padre, Juan II de Aragón. El futuro, pues, parecía trazado con absoluta claridad, pero no era así. Isabel despertaba la desconfianza de una parte de la nobleza castellana, que temía ver renacer de su mano la autoridad regia, tan debilitada en los reinados de los últimos Trastámara, y defendía por ello los derechos de la infanta Juana, apodada la Beltraneja por los partidarios de Isabel, que la consideraban, interesadamente, hija de los amores ilícitos de la reina con don Beltrán de la Cueva, valido del rey. Y respecto a Fernando, aunque nadie cuestionaba su derecho al trono, quizá no llegara a disfrutarlo si su padre no era capaz de mantenerse en él frente a los embates del patriciado urbano, la pequeña nobleza y gran parte de los menestrales, unidos en vacilante pero vigorosa coalición, y con el rey francés exhalando su frío aliento sobre sus inseguras espaldas. No faltaban, además, en Castilla quienes, para despecho del monarca aragonés, deseoso de ganar la alianza castellana, consideraban mejor opción estrechar lazos con los

portugueses. No en vano, frente a un Aragón decadente, pobre, desierto en su mayoría y cuyas tierras más ricas no se habían recuperado aún de los terribles estragos del siglo anterior, Portugal ofrecía entonces todo el dinámico encanto de una potencia joven y emergente. Alimentaban su impulso burgueses emprendedores, muchos de ellos judíos que, sin ser molestados, se afanaban en sus negocios; nobles leales a la Corona y carentes de ambiciones políticas lo respaldaban, y lo dirigían monarcas clarividentes y entregados al progreso de su país, e intelectuales tan afines a Castilla, cuyo idioma hablaban en su mayoría, como abiertos a las novedades de la vecina Europa. Y sobre tan sólidos cimientos se había lanzado el vecino luso a una vertiginosa expansión oceánica que había llevado a sus intrépidos marinos a explorar las costas africanas en busca de metales preciosos, esclavos o especias, llenando las arcas de sus reyes con los áureos *cruzados* que tanto atractivo añadían a los matrimonios de las infantas portuguesas.



En la madrugada del sábado, 19 de octubre de 1469, contraían matrimonio Isabel de Castilla y Fernando de Aragón en la llamada Sala Rica del palacio vallisoletano de Juan de Vivero, cuya fachada puede verse en esta imagen actual. Se trató de una ceremonia sencilla en la que casi todo fue de prestado. Nada presagiaba entonces la importancia decisiva que aquella boda había de tener para el futuro de España.



España en 1479. Las dos piezas que el matrimonio de los Reyes Católicos había unido distaban mucho de ser semejantes. Castilla, por su mayor población y potencia económica, así como por lo adelantado de sus instituciones, que ofrecían menos limitaciones al fortalecimiento del poder real, estaba llamada a convertirse en decisiva en el seno de la nueva monarquía católica, pero no por ello sería ésta obra de Castilla, ni era el objetivo de los reyes *castellanizar* al resto de los reinos.

Sevilla, Toledo, después Granada, oscurecían con su creciente opulencia el oropel gastado de las cansadas urbes aragonesas. Pero la preeminencia castellana era aún mayor en lo que se refiere a su constitución política. Las Cortes condicionaban, mediante la concesión de *servicios* monetarios, la gestión del monarca, pero no la paralizaban como sus hermanas aragonesas, catalanas y valencianas, pues para ellas era dogma cierto que al rey correspondía el derecho absoluto a promulgar leyes. La nobleza, levantisca como la aragonesa, no pretendía como aquella minar el poder real para acrecentar el suyo, enarbolando como derechos lo que no eran sino inconfesables privilegios que en nada beneficiaban al común del reino; trataba tan sólo de usarlo en provecho propio, algo en lo que venía alcanzando considerable éxito gracias a la debilidad de los antepasados inmediatos de la reina Isabel, que habían entregado su confianza y su autoridad en manos de validos y privados sin escrúpulos a la hora



Payeses de remensa. En la Cataluña medieval, los payeses de remensa eran campesinos atados a la tierra que cultivaban, que sólo podían abandonar a cambio del pago de una cantidad, la denominada *remensa*, al señor que la poseía. La difícil situación de estos labriegos, sumada a los abusos con que sus señores trataron a partir del siglo xiv de compensar el deterioro de su propia situación económica, les condujeron a la rebelión. Fernando el Católico puso fin al problema por medio de la llamada Sentencia arbitral de Guadalupe, dictada el 21 de abril de 1486.

las guerras de la monarquía hispánica, tanto o más que a sus sucesores conscientemente implicados en la tarea de defender un imperio. La Hacienda que habían heredado contaba con recursos tan exiguos como erráticos. En Aragón, el rey apenas disponía de más ingresos que los servicios votados por las Cortes. En Castilla, las cosas estaban un poco mejor para el monarca, pero no demasiado. Su principal fuente de ingresos era la alcabala, un impuesto *ad valorem* sobre el comercio, cuyo monto dependía de la pujanza de la economía, lo que había hecho descender mucho su valor a raíz de las guerras civiles. A ello se añadía el producto de los aranceles aduaneros, la participación en los diezmos eclesiásticos y, también aquí, los servicios votados por las Cortes, que carecían de



La rendición de Granada, Francisco Pradilla, 1882. Palacio del Senado, Madrid.

Aquel 2 de enero de 1492, primer día histórico de un año en el que habrían de coincidir tres grandes efemérides, marcaba el final de la Reconquista, pero también la culminación de la primera guerra verdaderamente española librada por tropas procedentes de todos los rincones de la monarquía católica.

Pacheco olvidaron sus diferencias para luchar por sus reyes; dos lustros en los que catalanes, gallegos, aragoneses, valencianos o vascos, hablando entre ellos la misma lengua castellana, sometidos a la disciplina única de la Corona, dieron nacimiento al embrión de un Ejército permanente y afrontaron una tarea común que, en virtud de los viejos tratados medievales, correspondía a Castilla, pero que fue vivida como propia en todos los reinos hispánicos. Como la mayoría de los futuros Estados-nación de la vieja Europa, España daba sus primeros vagidos en una guerra.

No bastaba. Si habían de permanecer unidos, los reinos españoles necesitaban una seña de identidad común de índole más emocional y duradera. La lealtad al soberano podía mantener juntos en torno a su persona la amalgama de reinos que constituían sus posesiones. Pero el pueblo no vivía en términos de pertenencia nacional esos vínculos, por lo demás meramente casuales, sino de lealtad filial al monarca, que no encarnaba todavía a la nación inexistente. La historia compartida, en esa época previa a la generalización de la enseñanza obligatoria, carecía también por completo de poder movilizador fuera de los reducidos círculos



Colón ante la reina Isabel, por Emanuel Leutze, 1843. Museo de Brooklin, Nueva York. Sólo la extrema rivalidad entre españoles y portugueses en aquellos años y las escasas probabilidades de éxito que se atribuían al navegante pueden explicar la extrema generosidad de los reyes con él.

expediciones organizadas sobre idénticos fundamentos jurídicos. Vio así la luz la figura del *conquistador*, un hombre esforzado, animado por una especial mezcla de ambición personal, espíritu de aventura y fervor religioso, y dotado de las dotes de persuasión, inventiva y liderazgo suficientes para arrostrar en la más absoluta soledad obstáculos inimaginables y conducir a buen puerto expediciones de exploración y conquista tan audaces como parcas en recursos. La superioridad tecnológica, el temor de los indígenas ante los extranjeros de piel blanca montados sobre animales desconocidos, y la habilidad de estos para utilizar en favor propio las querellas intestinas de los indios se conjugaron para lograr, no sin el pago de un elevado precio en vidas y sufrimiento, el éxito. La empresa de la conquista de América no conoce, así, parangón en ningún otro continente ni en ningún otro imperio colonial construido por europeos. Nunca el esfuerzo de tan pocos hombres rindió frutos tan valiosos.

Lo que sí asumió la Corona con presteza fue la conveniencia de asegurar desde el principio su control sobre las tierras conquistadas, que ni por asomo se planteaba dejar en manos de la nobleza. Habían de

Capítulo 4

El nacimiento de la nación

UNA DINASTÍA EXTRANJERA

Los Reyes Católicos, que tanto hicieron por la reunificación y el engrandecimiento de España, no pudieron, empero, transmitir su obra a un heredero educado por ellos para que la continuara, como era su deseo más ferviente. Juan, su único hijo varón, había muerto en 1497; su nieto Miguel, vástago de la infanta Isabel y del rey portugués Manuel el Afortunado, que llegó a ser jurado heredero de Castilla, Aragón y Portugal, lo hizo en 1500. Cuando, en 1504, fallecía Isabel I, fue Juana, la tercera de sus hijas, la llamada a sucederla en el trono castellano, aunque su cada vez más incuestionable estado de enajenación mental no aconsejaba su gobierno en solitario. Por ello, la llamada Concordia de Salamanca establecía que regirían el reino junto a ella su padre Fernando y su esposo Felipe. La oposición de la nobleza al *viejo catalán* y el escaso apoyo que encontró el rey aragonés en las Cortes castellanas, sumados a la indisimulada ambición de su yerno, forzaron un nuevo acuerdo, por el que, incapacitada Juana, Felipe se convertía en rey mientras su suegro abandonaba tierras castellanas en dirección a Aragón.

Es entonces cuando el peligro amenaza con mayor fuerza la obra de los Reyes Católicos, pues en 1505 Fernando, despechado, contrae nuevas nupcias con Germana de Foix, la cual, cuatro años después, da a luz un hijo que, de haber sobrevivido, se habría convertido en heredero de la Corona de Aragón, separándola así de Castilla. Por fortuna, el segundo



Carlos V, Lucas Cranach, (1533). Museo Thyssen-Bornemisza, Madrid. En este retrato, Cranach, a diferencia de Tiziano, ha reflejado al hombre que había detrás del emperador, el ser humano sin idealizar, el mismo que se estrelló contra obstáculos inamovibles y que terminó por renunciar a su sueño y a sus coronas.

matrimonio del rey católico no da fruto y la repentina muerte de su yerno Felipe le abre de nuevo las puertas de Castilla, que lo proclama regente en espera de la mayoría de edad del futuro monarca, Carlos de Gante, primogénito de Juana pero, a todos los efectos, un retoño del árbol de los Habsburgo.

Como ya escribiera José de Cadalso en sus *Cartas Marruecas*, a finales del siglo XVIII, para España fue sin duda una desgracia que la falta de herederos directos de los Reyes Católicos dejara paso a una dinastía extranjera. Y este accidente cobra especial trascendencia si se tiene presente que fue precisamente en el período en que España va a estar bajo el gobierno de esa dinastía foránea, entre los siglos XVI y XVII, cuando en Europa los Estados nacientes se embarcan en su proceso de articulación política moderna y, a un tiempo, dan los primeros pasos por el camino de su construcción como naciones. ¿De qué modo avanzó España por esa senda? ¿Presenta su construcción nacional, en esta etapa, alguna diferencia notable con la de otros estados europeos? ¿Es cierto, como sostiene



Ajusticiamiento de los cabecillas comuneros en Villalar, el 24 de abril de 1521, detalle del cuadro de Antonio Gisbert (1860). Palacio del Senado, Madrid. La revuelta comunera fue un fenómeno complejo en el que actuaron factores tan diversos como el rechazo ante el monarca extranjero y sus consejeros, el malestar de las clases medias urbanas ante las exportaciones masivas de lana, la irritación popular contra los abusos de la nobleza y el hartazgo del campesinado de los abusos de sus señores.

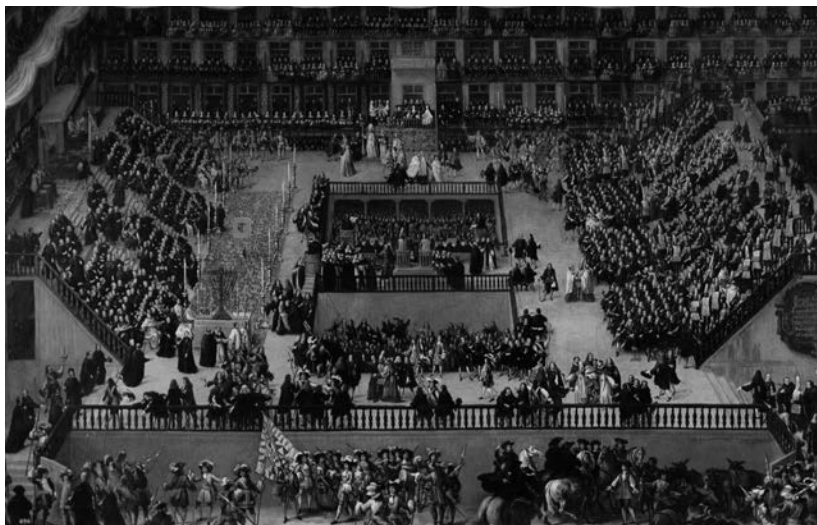
castellanos tenía un límite, y así lo enseñó a su hijo. En cuanto a Aragón, los Austrias podían encontrar pocos motivos para someterlo al mismo grado de control real que Castilla. Como hemos dicho ya más arriba, su pobreza misma lo protegía. Por ello, su autonomía fue respetada, incluso en circunstancias que ofrecieron una oportunidad ideal para terminar con ella, algo que no suelen reconocer los historiadores al servicio del nacionalismo catalán. Así ocurrió en 1590 cuando el antiguo secretario de Felipe II, Antonio Pérez, encarcelado en Madrid por traición, huyó de la prisión y se refugió en Zaragoza, apelando al tribunal del Justicia, funcionario cuya misión principal residía en la defensa de los Fueros aragoneses y sobre el que el rey no tenía, en este asunto, autoridad alguna. Felipe trató en un principio de resolver la situación acusando al díscolo funcionario de herejía, lo que le colocaría bajo jurisdicción del tribunal de la Inquisición, único con competencias sobre toda España, pero



Primera edición de las obras de Boscán, por Carlos Amorós, Barcelona, 1543. Joan Boscà i Almogàver, nacido en Barcelona en 1492 y muerto en Perpiñán en 1542, firmó siempre sus obras, escritas todas en castellano con la sola excepción de un poema, como Juan Boscán. Fue conocido sobre todo por haber introducido la lírica italianizante en la poesía en castellano junto con Garcilaso de la Vega.

ascética intensidad de fray Luis de León o la mística arrobadora de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, que pugnan por encerrar en palabras experiencias tan particulares como inefables, mientras alcanzan el culmen del verso en castellano. A la par, la cómoda evasión que ofrecen al pueblo las novelas pastoriles y los fantásticos libros de caballerías, testimonios literarios de un mundo irreal o muerto tiempo atrás, deja paso al menos placentero pero mucho más realista género de la novela picaresca, que ofrece sus primicias en este siglo en forma de obras como la *Lozana andaluza*, de Francisco Delicado, o el anónimo *Lazarillo de Tormes*, certeros aldabonazos sobre la conciencia de una sociedad criticada sin misericordia y una de las más originales aportaciones de la literatura española al acervo cultural universal.

Pero lo que en verdad nos interesa es que a través de estas obras y muchas otras se transmiten ya consignas, símbolos, tipos humanos, mitos incluso, que van dando forma a una conciencia de españolidad



Auto de fe en la Plaza Mayor de Madrid en 1680, por Francisco Ricci. Museo del Prado, Madrid. La Inquisición, lejos de ser impopular, contó siempre con una gran adhesión por parte de los humildes. Sin embargo, con el tiempo, el ambiente de desconfianza y resentimiento afectó de modo negativo al proceso de construcción nacional español.

LA RELIGIÓN

La religión vino también a aportar un cemento de asombrosa solidez en la forja de la unidad española, aunque en este caso con la fecha de caducidad que imponía su propia naturaleza, como ya hemos comentado. Expulsados los judíos, convertidos por la fuerza los musulmanes, el país parecía haber logrado una unidad espiritual que pronto se proyectó hacia el exterior, primero en el norte de África, en las Indias más tarde, en empresas de conquista que aunaban el espíritu medieval de cruzada con el afán renacentista de fama y fortuna y el sempiterno amor humano a la riqueza. Y fue también la religión, en su encarnación más ortodoxa, la seña de identidad de unas tropas llamadas por puro azar dinástico a defender en media Europa un imperio de aluvión. Pero mientras la religión une, y con mucha fuerza, cuando se comparte de buen grado, también separa, y cava brechas muy profundas, cuando se torna arma arrojadiza, como sucedió al correr del siglo XVI entre los españoles, obsesionados hasta lo ridículo con probar la limpieza de su sangre, levantando a su paso numerosos enemigos interiores que terminan por poner en marcha peligrosos procesos de disgregación, lanzando a unos españoles contra



Sargento, arcabucero y piquero de los Tercios durante el reinado del emperador Carlos V. El Ejército español, que alcanzó una merecida fama de imbatibilidad durante los siglos XVI y XVII, se erigió en una de las herramientas fundamentales de la supremacía española en Europa.

Pero tal extensión podía ser una trampa. Su enorme dispersión geográfica forzaba a su dueño a gastar una buena parte de los recursos generados en su simple defensa, que no podía beneficiarse de la continuidad territorial que tanto sirve a estados más pequeños, y multiplicaba hasta la saciedad los gastos de una Corte que, sin capital estable, iba y venía con su incansable soberano de un extremo al otro de sus reinos. Las importantes diferencias de mentalidad, costumbres, idiomas y leyes, celosamente preservadas, como no podía ser de otro modo en la mentalidad de la época, dificultaban aún más una administración ágil y eficiente en pos de un objetivo común. Su propia dimensión, en fin, concitaba sobre Carlos envidias y desconfianzas que podían volverse en su contra. Los reyes de Francia, cercados por todas partes, consideran a los Habsburgo sus enemigos naturales y convierten su debilitamiento en objetivo fundamental de su política exterior en los dos siglos posteriores. Los príncipes alemanes, hechos a que su emperador poseyera tan sólo una autoridad simbólica, temen que un monarca con tales recursos desee ejercer sobre ellos un poder real. El mismo Papa, a la postre también un soberano secular, recela de los Habsburgo y vuelve la vista hacia Francia con afán de conjurar así una amenaza real o figurada.

Es cierto que Carlos disponía de poderosos instrumentos para imponer su voluntad dentro y fuera de sus territorios. Sus rentas eran, con



Felipe II, pintado por Tiziano en 1551. Museo del Prado, Madrid. Si el rey de España fue el campeón del fanatismo y la intolerancia, como le describe la leyenda negra, no lo fue más que la mayoría de los soberanos de su época.

una formación específica para la tarea que estaba llamado a realizar. Carlos, el político más experimentado de su tiempo, escribió para él nada menos que cuatro largas series de *instrucciones* para el buen gobierno que constituyen en su conjunto un verdadero manual del perfecto monarca. Además, organizó para su hijo una *gran vuelta* por sus estados con el fin de que conociera las tierras y las gentes sobre las que había de reinar y de que fuera también conocido por ellas. Crecido a la sombra del emperador e instruido por él en el arte de gobernar, no es raro que heredara sus afanes y preocupaciones.

Muy lejos de la visión que de Felipe II ofreció al mundo la interesada leyenda negra, no fue en absoluto su objetivo el de acrecer sus posesiones, sino el de conservarlas, como correspondía a la visión que de su propia *honra* tenía un príncipe del Renacimiento, aunque para ello, movido por su carácter, tendió a preferir las soluciones de fuerza a los pactos. Es cierto que no pesó en menor medida en su ánimo la voluntad de defender la religión católica. A instancias suyas, más de cien teólogos



Gregorio Mayans, quizá un pensador menos conocido aunque sin duda más profundo que Feijoo, tuvo entre sus metas la de desenmascarar los mitos que aún se propalaban acerca del pasado de España, lo que le granjeó no pocos enemigos entre los académicos de su tiempo, entregados muchos de ellos a la tarea de exaltar las glorias patrias aun al precio de sacrificar la verdad histórica.

pronta a despertar siglo y medio más tarde, la conciencia de pluralidad. Pero, con todo, el camino de la construcción nacional, superado el decaimiento terrible de las últimas décadas de la centuria anterior, volvía a enfilarse ahora con energía. Se trataba de un camino largo y quedaba aún mucho por andar para vertebrar con solidez el cuerpo nacional. Pero dicha vertebración de hecho se produjo a lo largo del siglo XVIII y fueron varios los procesos que, concomitantes entre sí, de forma intencionada



La batalla de Almansa, óleo sobre lienzo del pintor español Ricardo Balaca (1862). Congreso de los Diputados, Madrid. El 25 de abril de 1707, las tropas de Felipe V, comandadas por el duque de Berwick, derrotaron a las del archiduque Carlos, lo que supuso la caída del reino de Valencia en manos del monarca legítimo.

proclaman su apoyo a los derechos del archiduque. Luego se les suman Zaragoza y Mallorca. La Corona de Aragón parece inclinarse por el bando austracista. Pero la unanimidad no es tal. La población mostró poco entusiasmo; la nobleza, en una y otra Corona, estuvo siempre dividida; la Iglesia también. Los jesuitas apoyan al Borbón; franciscanos y dominicos, al Habsburgo. Fue una guerra dura que exigió un nuevo esfuerzo de una nación postrada. Más de una vez la victoria pareció inclinarse hacia el lado austracista. La flota inglesa era superior a la francesa; España no tenía ni Ejército ni Armada. Portugal ofrecía una temible plataforma para la invasión de Castilla, cogida así entre dos fuegos. Francia, exhausta tras cuatro décadas de guerra, tampoco podía ya dar mucho más de sí. Felipe, acosado, debe abandonar Madrid hasta en dos ocasiones. Los franceses son derrotados en Flandes y en Italia. Luis XIV reflexiona sobre la conveniencia de abandonar a su suerte a su nieto Felipe.

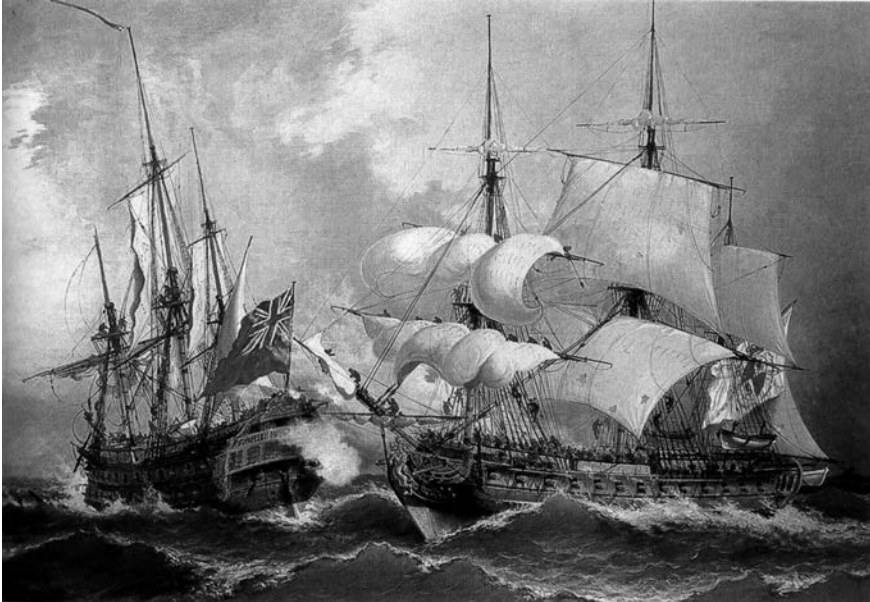
Pero Castilla, una vez más, resiste. Algunas victorias, en Almansa (1707), en Villaviciosa (1710), levantan la moral de un monarca que se proclama dispuesto a morir en España, y sus súbditos, emocionados por el ímpetu de su rey, echan el resto. El azar, tornadizo, se alía con los Borbones.



Sitio de la ciudad de Barcelona en 1714. Grabado de la época. Museo de Historia de la ciudad. La resistencia barcelonesa, dirigida por Rafael de Casanova, presentado por la historiografía nacionalista como un verdadero héroe nacional, no era sino la lucha de los privilegiados que copaban las instituciones de la capital por preservar un sistema que les beneficiaba a ellos y a sus intereses, y no, en modo alguno, al pueblo catalán.

son las razones que impulsan a los valencianos. Mal apagados los rescollos de las sublevaciones de 1693, los campesinos, hartos de sufrir los continuos abusos de los señores, aprovechan la presencia de la flota extranjera para rebelarse una vez más contra la nobleza opresora, leal en su mayoría a los Borbones. De todos los aragoneses, eran los catalanes quienes más se jugaban; por ello fueron los últimos en rendirse, apagado ya en Europa el fuego de la guerra. Sus élites, y no todas, lucharon por sus negocios, por su futuro, por los privilegios que les garantizaban sus fueros, cuyo destino quedó claro desde que vieron cómo trataba Felipe a los valencianos, los primeros en caer. Abandonados por todos, hubieron de rendirse, pero no lo hicieron hasta el 11 de septiembre de 1714.

Pero lo cierto es que la victoria de Felipe dio a sus ministros la ocasión y los argumentos jurídicos para impulsar un proyecto de unificación nacional que apenas habían empezado a concebir antes de la guerra y que quizá nunca habrían osado poner en marcha si esta no se hubiera producido. Los súbditos aragoneses se habían rebelado contra su señor legítimo; castigarlos ahora privándoles de sus fueros y privilegios constituía un derecho del monarca. Pero era, sobre todo, la gran oportunidad



Blas de Lezo captura el navío inglés Stanhope, por Ángel Cortellini. Museo Naval, Madrid. La Armada española, que prácticamente había desaparecido durante la guerra de Sucesión, resurge con fuerza en los últimos años del reinado de Felipe V y vuelve a convertirse en un poder a tener en cuenta a mediados del siglo XVIII.

un postulado fundamental: el derecho real a imponer tributos a todos sus estados.

No de menor importancia era este principio en el terreno militar. En la centuria anterior, los reinos de Aragón se habían negado una y otra vez a aportar tropas destinadas a servir más allá de sus fronteras, lo que había limitado poderosamente el potencial bélico de la monarquía católica. Los ministros de Felipe V tendrán como objetivo la organización de un Ejército nacional permanente integrado por reclutas forzosos de todo el país. Cada municipio quedaba obligado a aportar un soldado por cada cien vecinos, que había de tener entre dieciocho y treinta años y permanecer en filas un trienio. Los viejos Tercios dejaron paso al regimiento, según el modelo francés, primero de quinientos hombres, después de mil. La práctica, empero, quedó una vez más a alguna distancia de la teoría. Navarros y vascos, amparados por sus Fueros, permanecieron fuera del sistema. Los aragoneses, molestos, cubrieron sus cuotas con pícaros y mendigos. Los efectivos, castellanos casi en su totalidad, nunca superaron los cien mil hombres, que se compensaron con un mayor



Carlos III, por Rafael Mengs. Museo del Prado, Madrid. El cuarto de los Borbones españoles, con gran experiencia de gobierno en el momento de ceñir la corona española, supo rodearse de colaboradores imbuidos por el espíritu de su tiempo. No obstante, sus reformas, superficiales, no fueron suficientes para dotar al país de la economía fuerte que habría exigido su política de gran potencia.

que los años siguientes se encargarían de revelar en toda su magnitud. Hacer política de gran potencia exigía una economía de gran potencia. Y poseer una economía de gran potencia exigía profundas reformas estructurales que Carlos III y sus ministros no estaban ya dispuestos a poner en marcha, y que la propia guerra obstaculizaba. La salida de este círculo vicioso no podía ser otra que la revolución. Las leyes mismas de la historia habrían de hacer por fuerza lo que sus protagonistas se negaban a hacer de grado.

Capítulo 6

Una ocasión perdida

EL COLAPSO DE UN RÉGIMEN

En 1789, el estallido revolucionario francés hizo trepidar con fuerza inusitada los cimientos del trono en cada país de la vieja Europa. Emperadores y reyes, prelados y magnates volvieron sus ojos incrédulos hacia un reino alzado en armas contra sus viejas instituciones y sintieron perlarse de sudor su frente cuando la testa coronada del último hijo de San Luis caía en la cesta del verdugo entre los atronadores vítores de las masas. Pero sus vetustos ejércitos se estrellaron una y otra vez contra la nación en armas nacida de la revolución, capaz de animar con un espíritu nuevo, y en apariencia imbatible, el esfuerzo bélico de los franceses. En el escenario de la historia, junto a héroes y príncipes, había hecho su entrada un nuevo actor: el pueblo.

En España, el más irracional de los pánicos se apoderó del anciano conde de Floridablanca, a la sazón ministro principal de Carlos IV. Las Cortes, reunidas en aquel año de 1789 para jurar al heredero de la Corona y dar al traste con la ley sálica, que vedaba el acceso de las mujeres al trono, vieja y extraña por ajena a la tradición hispana, fueron disueltas a toda prisa sin dejar siquiera tiempo a dar fuerza legal a su decisión. Un muro de sospechas se levantó en torno a la nación vecina. Las universidades francesas quedaron vedadas a los españoles. Los libros galos fueron prohibidos; la correspondencia, inspeccionada. La censura revisó de nuevo revistas y publicaciones, expurgándolas de noticias sobre el país



La batalla de Trafalgar, William Turner (1822). The National Gallery, Londres. La derrota destruyó los mejores barcos de guerra de la Armada española y dejó inermes los virreinos americanos ante las ambiciones británicas.

para cualquier gobernante digno, pero ni los reyes lo eran ni lo era tampoco Godoy, que había recibido del emperador la promesa de un reino propio en el Algarve, y Napoleón, que había aprendido a despreciarles a ellos tanto como a su pueblo, lo sabía. Quizá por ello, por la riqueza de las colonias españolas y por sus informes acerca del estado calamitoso del Ejército, tomó la decisión de hacerse con el control del país. Hacia febrero de 1808, había ya en España cuatro cuerpos de ejército franceses que sumaban más de sesenta mil hombres. El descontento popular aumentaba por momentos, amenazando con transformarse en rebelión declarada. Los partidarios de Fernando vieron la ocasión y la aprovecharon. La noche del 17 al 18 de marzo de 1808, tomaban al asalto el palacio real de Aranjuez, capturaban a Godoy y forzaban al rey a abdicar la corona en su hijo.

No contaban los exultantes partidarios del flamante Fernando VII con lo efímero que iba a ser su triunfo. El emperador francés, demostrando quién tenía en verdad el poder, llamó al nuevo rey y a sus padres a Bayona, en el sur de Francia. Allí, forzó a Fernando a devolver la corona a su padre y ordenó a este que la entregara, a cambio de unos cuantos castillos, una generosa pensión y la promesa de respetar la religión católica y la integridad del reino, a la casa imperial francesa. Dueño ya



Los desastres de la guerra, Francisco de Goya. Biblioteca Nacional, Madrid. El arte contribuyó a la cohesión nacional demonizando al enemigo y exaltando a un tiempo el heroísmo de los españoles.

de patriotismo local, pero todo ello no es óbice para que, como ha sintetizado de forma admirable José Álvarez Junco:

El mito nacional, ofrecido por quienes estaban más en contacto con las novedades del vocabulario político, fue aceptado por los demás como el ancla de salvación en aquellas difíciles circunstancias. Era la palanca movilizadora más eficaz del momento, el imán de mayor potencia para desviar egoísmos y convencer a los particulares de la necesidad de sacrificar sus bienes e incluso su vida en pro del interés colectivo. Gracias a ese planteamiento nacional se deslegitimó al ejército napoleónico, como extranjero y tiránico, y se desprestigió a los colaboradores de José Bonaparte de un plumazo como afrancesados, es decir, no españoles.

LA NACIÓN, SÍ, PERO ¿QUÉ NACIÓN?

Pero si sobre el carácter nacional de España existía un gran consenso, no lo había en absoluto sobre el camino que convenía más al país en aquellos momentos críticos. ¿Qué valía la pena salvar del viejo orden y qué debía ser destruido a toda costa? ¿Cuál había de ser la encarnación jurídica y política de la nación ahora que se había producido el colapso del Estado? Para teóricos como Francisco de Alvarado, Inguanzo, Castrillón u Ostolaza,



Juramento de las Cortes en la Iglesia Mayor Parroquial de San Fernando (24 de septiembre de 1810), por Salvador Viniegra. Congreso de los Diputados, Madrid. Aquellas Cortes, convocadas en virtud de un concepto liberal de la soberanía nacional, nada tenían que ver, por más que algunos lo pretendieran, con las tradicionales Cortes medievales.

consideran tan propia de la nación española como inseparable de su ser, continúa ocupando el lugar de privilegio que la tradición le había otorgado, y los españoles, iluminados por ella, se obligan a ser justos y benéficos. En 1812, una nueva era de libertad parecía dar comienzo para el país. Pero se trataba de un espejismo alimentado por la utopía. El liberalismo hispano carecía de arraigo popular; era cosa de unos pocos eclesiásticos, nobles y burgueses, y algunos letrados y funcionarios de la Administración. El pueblo sólo deseaba la vuelta de su rey, y en manos de aquel rey voluble y desleal, de aquel espíritu pequeño y suspicaz, de aquella alma ignorante y vengativa estaba ahora el futuro de España.

EL EQUIPAJE DEL REY JOSÉ

Los franceses, empujados por la acción combinada de las partidas de guerrilleros y los ejércitos regulares españoles e ingleses, derrotados una y otra vez en batallas a campo abierto, han de dejar al fin la península.



Isabel II, Federico de Madrazo. Museo del Romanticismo, Madrid. El reinado de Isabel II supuso una ocasión perdida para España. Entre 1843 y 1868 ni se consolidó el Estado liberal ni progresó de forma adecuada la nacionalización de la sociedad española, con tanto brío iniciada en 1808 con la sublevación popular contra las tropas francesas.

y aceptan la revolución como vía legítima de acceso al poder cuando se cierran sus puertas por obra de la limitación cicatera del voto impulsada por los moderados. Pero el tiempo también ha pasado para los progresistas. Aunque miran con recelo la poderosa influencia de la Iglesia y postulan aún como verdaderos dogmas de fe la soberanía nacional, la sacrosanta libertad de imprenta y las Cortes elegidas por amplio sufragio, no reclaman ya el derecho al voto para todos los ciudadanos varones y aceptan, junto a la cámara de representación popular, un Senado en parte reservado a los poderes fácticos del Estado, y cuando tengan la

Capítulo 7

La nación acomplejada

EL LIBERALISMO ADULTERADO

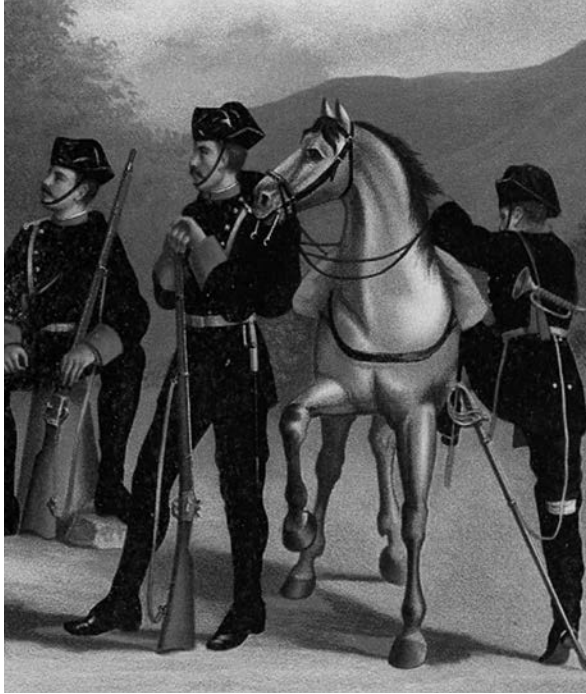
Superado el paréntesis personalista encarnado en la Regencia de Espartero, podía proseguir ya la construcción del nuevo Estado liberal llamado a sustituir al del Antiguo Régimen. Pero ¿sobre qué cimientos podía edificarse una obra de tal magnitud? La razón política enseña que la cimentación de un régimen será tanto más sólida cuanto más acordes sean sus fundamentos con el equilibrio de las fuerzas sociales, cuanto mayores sean los cauces de expresión pacífica que conceda a sus demandas, cuanto más nítida sea, en fin, la flexibilidad del sistema para reformarse a sí mismo en paz y permitir el progreso continuado del país. Bajo el reinado directo de Isabel II, que se extiende entre 1843 y 1868, se produce, en efecto, la construcción de un nuevo régimen o, mejor aún, prosigue con mayor ímpetu el proceso iniciado en las Cortes de Cádiz y continuado, a saltos, durante el Trienio y las regencias. Pero dicha construcción no se ajusta a las enseñanzas de la razón política y poco tardará en mostrar su incapacidad para servir a fines distintos que el interés de los grupos sociales dominantes, una desigual coalición de nobleza, clero y burguesía, que hunde las raíces de su preeminencia en el rancio latifundio castellano y la emergente industria catalana e, incapaz de mirar al futuro, abraza todavía con interesado fervor católico la vieja mentalidad aristocrática tradicional.

De ahí que en las instituciones nacientes se instale al poco un perverso equilibrio entre tres poderosos agentes de cuyo juego nace la historia



Ramón María de Narváez y Campos (1849), Vicente López. Museo de Bellas Artes, Valencia. La figura del general preside la etapa de formación del Estado liberal español, al que dotó de la impronta de su fuerte personalidad conservadora y amante del orden.

No debe, pues, sorprender la agitada saga de la política hispana durante estas primeras décadas del régimen liberal. En sus comienzos, gobernarán siempre los moderados, entregados a la ingeniería institucional del nuevo Estado bajo el control, directo o indirecto, del general Ramón María de Narváez, principal artífice de la derrota de Espartero. Sólo los meses que pasan entre su caída, en agosto de 1843, y el acceso a la presidencia del Consejo de Narváez, en mayo de 1844, se caracterizan por una intensa lucha por el poder entre progresistas y moderados. Luego, sin enemigos, los moderados quedan libres para diseñar un régimen a su imagen y semejanza. El primer paso será aprobar una nueva Carta Magna. La Constitución de 1845, planteada inicialmente como una reforma de la de 1837 es, en realidad, un texto nuevo, moderado por sus cuatro



Uniformes de la Guardia Civil en el siglo XIX. La creación de este cuerpo, erigido luego, según sus críticos, en brazo armado del caciquismo, respondió al objetivo de garantizar la ley y el orden en el medio rural.

base al de 1889. La Administración se reorganiza. El papel de los gobernadores civiles y militares y las diputaciones provinciales se refuerza; los grandes cuerpos y categorías de funcionarios públicos se racionalizan. El sistema fiscal se reforma; los tributos existentes se refunden en cuatro, encabezados por el impopular impuesto indirecto de consumos, que grava la adquisición de cualquier bien. De la mano de Gil de Zárate, el sistema educativo queda bajo control del Estado, que se enseñorea de las escuelas, los institutos y las universidades, crea un cuerpo de inspectores de educación e implanta al fin una carrera docente basada en las oposiciones y en una escala uniforme de salarios.

Pero la oposición no ha muerto. La victoria liberal no es completa. El carlismo, contumaz defensor de un pasado que se negaba a extinguirse, trató una vez más de obtener por la fuerza de las armas lo que el apoyo popular le negaba. La Segunda Guerra Carlista se iniciaba en 1846 con la sublevación en Cataluña de los denominados *Matiners* tras fracasar el intento carlista de casar a la joven reina con el nuevo pretendiente, el



Incendio de la Fábrica Bonaplata, Barcelona, agosto de 1835. Como en el resto de Europa, también en España fue la destrucción de las máquinas, en las que el obrero veía la semilla del desempleo, su primera e irracional reacción ante el desarrollo de la industria moderna.

hacían en casuchas miserables que se amontonan sin orden ni concierto en los arrabales de las ciudades. Barrios sin alcantarillado, sin alumbrado, sin agua corriente que destinan a sus forzados moradores a una existencia corta y mísera, condenada a pasar en la penuria de jornadas interminables de trabajo y salarios exigüos, y a concluir en el postrer sufrimiento de la tuberculosis o el cólera, hijos de la malnutrición y la inmundicia. Obreros aún sin conciencia de clase que, como los incendiarios de la barcelonesa fábrica Bonaplata, culpan a las máquinas de lo penoso de su condición y descargan su ira contra ellas, sacrificándolas en el altar de su desesperación. Obreros que sueñan aún con utópicas sociedades, forjadas en las mentes burguesas de visionarios como Proudhon, Saint-Simon o Cabet; creen, con sus patronos, que son las telas inglesas las causantes de sus males o, aún por desengañar, confían en las falaces promesas de progresistas y demócratas, pronto olvidadas a favor de elevadas metas, más políticas que sociales. La era del sindicalismo de clase, organizado y combativo, señor de los sueños de una sociedad igualitaria y justa, no ha comenzado todavía.

Pero no son los viejos artesanos agremiados ni las flamantes huestes del proletariado fabril los únicos habitantes de la ciudad isabelina. El Ochocientos traerá de su mano la eclosión de una nueva clase media,

Capítulo 8

Un tardío despertar

EL RÉGIMEN DE CÁNOVAS

Tras la contundente irrupción parlamentaria de las tropas del general Pavía, las Cortes fueron disueltas y el país quedó en manos de un régimen militar interino presidido por el general Serrano, que se aprestó a sofocar las insurrecciones carlista y cantonalista. Pero no era más que una medida provisional que debía dejar paso enseguida a alguna forma de gobierno constitucional. Los españoles se habían habituado a los partidos y el Parlamento, y sólo un gobierno que los respetara sería ya capaz de devolver a la nación la ley y el orden. Otra cosa eran los ropajes que debía vestir el nuevo régimen. El recuerdo de las continuas algaradas, las reiteradas revueltas y la completa impotencia de sus efímeros gabinetes había privado de credibilidad al régimen republicano, desde entonces para muchos españoles sinónimo de anarquía y caos. Pero no la tenía mayor una monarquía dada a ensayos constitucionales de incierta viabilidad, ajenos a la inmensa mayoría del pueblo al que pretendían beneficiar. Ni cabía tampoco un retorno sin más a aquella otra, la de Isabel II, que había terminado por excluir de su seno a casi todos. Pero quizá sí podrían regresar al trono los Borbones si lo hacían en la persona de Alfonso, el joven hijo mayor de la reina, que por entonces estudiaba en la academia militar inglesa de Sandhurst, cuya mejor baza residía precisamente en su corta edad. Por ello, aconsejado por Antonio Cánovas del Castillo, antiguo militante progresista ubicado ahora en regiones más templadas



Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897) fue el artífice del denominado régimen de la Restauración y uno de los políticos conservadores más brillantes de la historia de España. Lejos de encastillarse en la reacción sin matices que había caracterizado a buena parte de la derecha española del siglo XIX, Cánovas comprendió la necesidad de asumir el cambio moderado como condición para una convivencia fructífera entre los españoles.

aún. Pero tampoco convenía ya quedarse más acá y el liberalismo, en su versión isabelina, no bastaba. Era imprescindible rebasar las estrecheces ideológicas del moderantismo, que habían dado al traste con el trono de Isabel II al dejar fuera del régimen a la gran mayoría de las fuerzas políticas y sociales. Don Antonio había llegado, con gran acierto, a la conclusión de que la política consiste en realizar en cada sociedad, en cada época, en cada momento, «aquella parte del ideal que las circunstancias hacen posible». No más, pero tampoco menos. Resultaba perentorio, en consecuencia, encontrar el justo medio, alcanzar un consenso en torno a los fundamentos del régimen capaz de integrar a la gran mayoría del espectro político, algo que nunca habían logrado los gobiernos isabelinos. El camino para ello no podía ser sino el diálogo, el compromiso, la transacción.

LA CUESTIÓN DEL ENCASILLADO, por Felipe Pérez y Ramón Cilla



Después de pasar muchos pésimos ratos, el Ministro *encasilla* los candidatos

y arreglado «el asunto» del mejor modo, dice mirando al cielo: «¡Dios sobre todo!».



A los gobernadores dice severo: «Coacciones y chanchullos jamás tolo».

Los votos solamente quiero que valgan... conque así, *hagamos votos* porque estos salgan».



Y los aleccionados gobernadores dicen a los alcaldes: «¡Ojo, señores!

A estos favorecidos hay que sacarlos, y no hay que *hacer pucheros...* sino *volcarlos*».



Pero llega el momento: «Salta un cacique a quien en «su distrito» no hay quien replique,

y saca «con correctas formas sencillas» a los *encasillados* ¡de sus casillas!

Viñetas publicadas en 1893 en la revista semanal *Blanco y Negro* que satirizan sin merced el sistema electoral de la Restauración. Como puede verse, los dibujos realizan una descripción precisa de sus velados mecanismos, de sobra conocidos por la escasa opinión culta de la época.

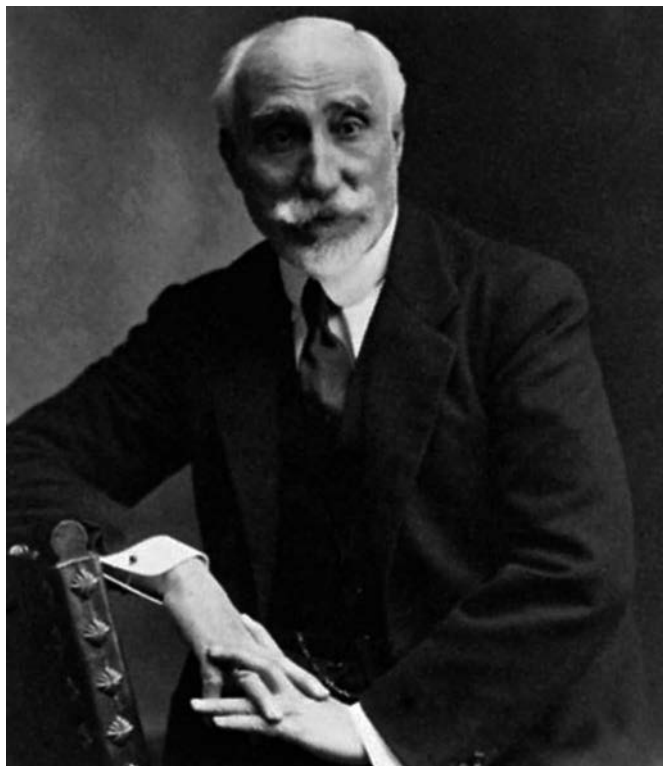
Porque el progreso de la economía, el dinamismo de la vida social y cultural y la estabilidad política del régimen, su *normalidad*, en fin, que parecían capaces de enterrar los viejos fantasmas de la centuria, no ocultaban, a ojos de los más avisados observadores, cuál era la realidad del país. Los partidos dinásticos no eran en verdad partidos, ni la relación entre ellos y con los electores se desarrollaba de acuerdo con las rutinas propias del parlamentarismo liberal. De hecho, no formaban sino ce-



Cáustica caricatura del semanario *La Flaca* que ridiculiza el establecimiento del sufragio universal por Sagasta, representado sobre la locomotora. En el desfile aparecen caciques, jaulas figurando urnas, sicarios con cachiporras, fuerzas de orden público, ayuntamientos sometidos al centralismo, campesinos y obreros prisioneros del caciquismo y, finalmente, el pucherazo electoral mediante el voto de los muertos, al que alude el carricoche con el rótulo «Depósito de votos para Lázaros».

un gran elector, el ministro de la Gobernación. En nombre del pueblo no hablaba voz alguna.

Algunas voces, empero, trataban de hacerlo. Voces como la de Francisco Silvela, político conservador que exigió un cambio radical que hiciese de los partidos portavoces reales de la opinión pública. Como la de Lucas Mallada, que ridiculizó la pereza, la ignorancia, la rutina y la fantasía de los españoles. Como la de Gumersindo de Azcárate, que denominó al caciquismo *constitución real* de España y lo calificó de *nuevo feudalismo*. Como las de Blasco Ibáñez, Unamuno, Ganivet, Costa... Pero son voces sin fuerza bastante para conmovier la fortaleza de un régimen en apariencia sólido y estable. Porque el país entero parecía dormitar, despreocupado, al calorcillo de aquella suerte de verano de la historia, tranquilo con sus corridas de toros y sus procesiones, sus



Antonio Maura y Muntaner (1853-1925). El líder conservador, uno de los más convencidos impulsores de la nacionalización de España, puso en marcha una política que, de haberse impulsado medio siglo antes, quizá habría hecho imposible la aparición de nacionalismos competidores en Cataluña y el País Vasco, pero ahora, a comienzos del siglo xx, llegaba tarde.

fueron también recortados. La llamada *Ley del Candado* prohibió la entrada de nuevas órdenes religiosas en España, mientras se avanzaba un paso más hacia la libertad de cultos al permitirse a otras religiones los símbolos externos en sus templos. Y, asumida la conveniencia de integrar en el régimen al nacionalismo moderado, el Gobierno liberal hizo aprobar en el Congreso la Ley de Mancomunidades de Maura, que abría la puerta de una tímida autonomía catalana.

Por desgracia, la que llevaba camino de convertirse en una reforma global del régimen, que quizá hubiese culminado con su democratización, quedó bruscamente interrumpida en noviembre de 1912 al morir asesinado Canalejas en la madrileña Puerta del Sol. Fue un auténtico desastre, porque desde ese momento, el sistema empezó a despeñarse hacia



Manifestación en Barcelona para reclamar la libertad de los presos detenidos tras los sucesos de la Semana Trágica. Poco después, la ejecución de Ferrer i Guàrdia levantó una ola de protestas tan intensa que provocó la caída del Gobierno Maura.

su fin. A ello contribuyó Maura, que rechazó la legitimidad de los liberales para gobernar arguyendo que habían apoyado la campaña orquestada contra él por la izquierda tras la Semana Trágica. Tan irresponsable postura rompió el partido, pues una parte de él, liderada por Eduardo Dato, se negó a secundarla. Pero no fue menos importante la fragmentación del Partido Liberal a la muerte de Canalejas, que abrió una pugna por su sucesión entre diversas facciones cuyos líderes no estaban ya dispuestos a obedecer más disciplina que la suya. Durante nueve años, entre 1914 y 1923, ni siquiera la más escandalosa manipulación electoral bastaba ya para garantizar a ningún grupo la mayoría para gobernar. Mientras, el país enfrentaba las repercusiones de la Gran Guerra. La angustiada necesidad de los países beligerantes de adquirir en otros lugares los bienes de todo tipo que no producían ya sus industrias volcadas hacia la guerra regalaba a los empresarios españoles beneficios tan ingentes, que en poco tiempo se amasaron inmensas fortunas. Pero, siendo más rentable exportar que vender en España, iba quedando desabastecido el mercado nacional, los precios crecían sin cesar y caía el salario real de los obreros, situación tanto más peligrosa en cuanto que la disminución en el nivel de vida de los pobres coincidía con el aumento escandaloso en el

Capítulo 9

Un nacionalismo pernicioso

PROBLEMAS DE IDENTIDAD

El 29 de septiembre de 1936, un decreto fechado en Burgos de la flamante Junta de Defensa Nacional nombraba al general de división Francisco Franco Bahamonde, el más prestigioso de los militares sublevados meses antes contra la República, jefe del Gobierno del Estado Español y generalísimo de las fuerzas nacionales de tierra, mar y aire. Aunque su autoridad, casi ilimitada, se reducía al territorio controlado por los rebeldes, que hubieron de esperar todavía treinta meses para someter el resto del país, se iniciaba entonces la más duradera de nuestras dictaduras militares. Daba comienzo la que para muchos fue una larga y oscura noche de cuarenta años en la que, casi sin haberlos disfrutado, los españoles volvieron a verse privados de sus derechos y libertades.

No vamos a ocuparnos aquí de la Guerra Civil, cuyo análisis minucioso se aleja de los objetivos de este libro, aunque volveremos a ella al final del capítulo para puntualizar algunos hechos olvidados con demasiada frecuencia. Debemos, por el contrario, dedicar algo de espacio a reflexionar sobre lo que fue el franquismo y, sobre todo, sobre sus efectos sobre la construcción de nuestra actual identidad común. Y es que un régimen de semejante duración despierta, por fuerza, numerosos interrogantes; hace brotar muchas dudas. Dudas, por ejemplo, sobre la ideología que lo animaba, los grupos sociales en que se apoyaba, las influencias que recibió o, en fin, acerca de su propia naturaleza y la del poder del



Franco con Millán Astray, el fundador de la Legión, en África en 1926. La mejor manera de comprender al que llegara a convertirse en señor de los destinos de España durante cuatro décadas es situarlo en su contexto: la oficialidad africanista del Ejército en el primer tercio del siglo xx.

quinielas, jugar a las cartas o ver fútbol y cine en la televisión. A lo más, el invicto general tenía el espíritu de un «tertuliano de café», como lo llamara Cambó, del que no cabía esperar ideas profundas o elaboradas construcciones teóricas. Pero ese hombre mediocre, la antítesis en tantas cosas de un líder carismático, hizo un arte de la permanencia en el poder, el manejo de los resortes de la política de salón y la adaptación camaleónica a las circunstancias, por cambiantes que estas fueran.

Porque Franco llegó a convertirse en un verdadero maestro de la supervivencia. Durar se convirtió en su obsesión, y para durar no había mejor camino que adaptarse, cambiar todo lo que hubiera que cambiar en el régimen, siempre que no se pusiera en peligro lo que Tusell ha llamado el «poso», el núcleo duro de las creencias del general: el catolicismo y la unidad nacional. Es obvio que, a la larga, tal pretensión era absurda, y que la ejecutoria misma del régimen terminó por conducir a su desaparición. Pero para ello fueron necesarios casi cuarenta años, cuatro décadas a lo largo de las cuales el franquismo cambió, y lo hizo de una manera identificable, al menos lo bastante para hacer posible una periodización.



Franco y Hitler pasan revista a las tropas a la llegada del segundo a la estación de Hendaya, 23 de octubre de 1940. Se comenta que, tras la entrevista, en la que el dictador español eludió todo compromiso con la Alemania nazi, Hitler aseguró que prefería que le extrajeran tres o cuatro muelas antes que volver a hablar con Franco.

voz aflautada y su nada formidable aspecto, no estaba en condiciones de desempeñar. Pero, sobre todo, le bloqueaba el camino la férrea oposición de la institución que constituía el más poderoso sostén del régimen: el Ejército. Los militares españoles, católicos y tradicionalistas en su mayoría, monárquicos en buena parte, veían en Franco al jefe necesario, al que respetaban por su competencia militar y obedecían por disciplina castrense. Pero también era para ellos un primero entre iguales al que en modo alguno deseaban ver encumbrado a la jefatura de un Estado totalitario de inspiración fascista. Y respecto al mismo Franco, no entraba en sus cálculos ni una cosa ni la otra. Ni era su deseo convertirse, sin más,



Portada del diario madrileño *ABC* del jueves 6 de noviembre de 1975, fecha de comienzo de la Marcha Verde marroquí contra el Sahara Español. En contra de lo que anuncian los titulares, la actitud del Gobierno fue poco firme.

UNA, GRANDE Y LIBRE

Como decíamos al principio del capítulo, no nos interesa aquí narrar la Guerra Civil desde un punto de vista militar y político general, aunque conviene puntualizar algunos hechos que olvidan con notable frecuencia los nacionalistas y la numerosa cohorte de intelectuales a su servicio. Si algo demostró el conflicto, es que los partidos nacionalistas, libres de las sujeciones políticas del Estado, profesaban escasa o ninguna lealtad hacia la Constitución a la que debían su autonomía y caminaban a marchas

Capítulo 10

La Transición

LA HERENCIA DEL CAUDILLO

«Si buscas su monumento, mira a tu alrededor», dejó escrito Allan Bullock, quizá el mejor biógrafo de Adolf Hitler. El 20 de noviembre de 1975, después de una lenta y dolorosa agonía, fallecía el hombre que había regido los destinos de España durante cuatro décadas. El país que dejaba era en muchas cosas el reverso virtuoso del que se había encontrado. Nunca antes los españoles habían sido más prósperos ni menores las distancias entre ellos ni entre las regiones que habitaban; nunca más abiertos, más tolerantes ni más cultos, como revelaba el peso decreciente de las actitudes autoritarias en las investigaciones sociológicas de aquellos años. Jamás antes la Iglesia católica se había mostrado más sensible al sentir de su rebaño ni más dispuesta a renunciar a su posición de privilegio, asumiendo al fin que eran posibles otros valores, otra visión de las cosas. En ningún momento de nuestra agitada historia la clase política se había encontrado más cerca en su diagnóstico de las necesidades del país; nunca más proclive a dialogar para edificar un régimen capaz de acoger las posturas más diversas, quizá porque derechas e izquierdas se sabían incapaces de imponerse por la fuerza y ninguna de ellas lo deseaba si el precio era repetir la horrible tragedia que tan viva permanecía aún en el recuerdo de los españoles. Y nunca antes el Ejército, habituado a tutelar la vida política, se había mostrado más prudente, más disciplinado, más dispuesto a observar desde el palco la obra que se disponían a



El rey Juan Carlos I jura ante las Cortes el 22 de noviembre de 1975. Por fortuna, el monarca supo estar a la altura de lo que la mayor parte del país esperaba de él.

lucha los sectores más duros del régimen, sino porque no la deseaba una buena parte de la misma opinión pública. Sólo quedaba abierto un camino, el más difícil, pero a la vez el más sensato, el de la reforma gradual, pero decidida, de las instituciones para conducir las hacia la democracia plena. Pero una maniobra de estas características requería poner la nave del Estado en manos de un piloto de excepcional habilidad, firme en sus convicciones, pero flexible y dotado para el diálogo; respetable para los hombres del régimen, pero capaz de inspirar confianza a la oposición. Ese hombre fue Adolfo Suárez.

Adolfo Suárez procedía del régimen. Había ocupado en él altos cargos. Se había desempeñado con gran soltura como director general de Radio Televisión Española e incluso como ministro secretario general del Movimiento. Pero era todavía joven, lo bastante joven para que la oposición no tuviera de él una idea preconcebida, como sucedía con otros aperturistas de más peso, como Fraga o Areilza. Y su modestia, su instinto, su talante dialogante, y el hecho de que tuviera las ideas claras, pero ninguna ideología definida, le conferían el perfil ideal para presidir un Gobierno que, como él mismo diría, no encarnaba una opción de partido, sino que se disponía a servir de «gestor legítimo para establecer un juego político abierto a todos». Esa fue desde el principio la misión de Suárez. Así lo entendía el rey, que sirvió de motor al barco de



Felipe González Márquez, que presidió el gobierno de la nación entre 1982 y 1996, simboliza el retorno a una normalidad democrática que, para muchos, sólo podría considerarse tal cuando la izquierda regresara al poder perdido en 1936 y lo ocupara sin problemas.

las pensiones ampararon incluso a quienes no habían cotizado para cobrarlas; el seguro de desempleo amplió sin cesar el número de sus beneficiarios. La universidad, más autónoma que nunca, llenó sus aulas con los hijos de los obreros, como exigían las pancartas de la izquierda en las manifestaciones estudiantiles, y el control de los centros escolares se entregó a los profesores, los padres y los alumnos. La mayor tolerancia que se había instalado en las conciencias se reflejó en nuevas leyes, como la del aborto, que despenalizó su práctica en algunos supuestos. Con los socialistas, España creaba riqueza y la repartía; se modernizaba y arrojaba con desprecio tras de sí sus viejos complejos. Mirando a Europa, *era ya*, por fin, *Europa*.

Por lo demás, la más completa normalidad presidía la vida de un país que se transformaba en todos los ámbitos. Aunque el terrorismo proseguía su criminal ejecutoria, su impacto sobre la estabilidad institucional se reducía al ritmo que aumentaban los éxitos policiales contra él, ganados en buena medida gracias a la colaboración francesa. El Ejército, enterrada ya cualquier veleidad golpista, asumía gustoso su papel constitucional, mientras se modernizaba su material y su estructura. El Estado de las autonomías continuaba su despliegue institucional con la aprobación de los Estatutos restantes y el traspaso de las competencias

Capítulo 11

La nación cuestionada

Una colosal incógnita se abre ahora sobre el futuro de España. El balance de los últimos treinta años de su peripecia histórica ha de ser positivo. En tres décadas el país ha culminado su modernización; ha alcanzado al fin las cotas de bienestar que corresponden a una nación de su entorno; su democracia, tan anhelada, se ha consolidado; vuelve a contar en el mundo, y se ha integrado como miembro de pleno derecho, y con un entusiasmo muy superior a la mayoría, en el proyecto común de los europeos. Y sin embargo, no todo es haber en este arqueo histórico, tan brillante en su conjunto; el capítulo del debe es también importante. Algunos problemas de la sociedad española son menores; o, al menos, en nada difieren de los que arrostran los demás países del Occidente. Otros no lo son en absoluto, sino de tal gravedad, que ponen en cuestión la supervivencia misma de la nación española como comunidad histórica, jurídica y cultural, y amenazan con convertirla en una simple entelequia, un esqueleto de Estado sin otro destino, en el mejor de los casos, que albergar un deslavazado conjunto de entes yuxtapuestos, carentes de la más mínima cohesión ni solidaridad y entregados por sus dirigentes a la obsesiva tarea de mirarse el ombligo.

La Transición tuvo éxito sólo si se entiende que su único objetivo era el de conducir a España de la Dictadura a la democracia. Pero no lo tuvo en absoluto si se le da al proceso un sentido más amplio, si se considera, como de hecho sucedió, que perseguía también la meta de completar el proyecto de España plural, de culminar el edificio de la

Bibliografía recomendada

- AGUSTÍ, David. *Historia breve de Cataluña*. Madrid: Sílex, 2002.
- ALONSO GARCÍA, David. *Breve historia de los Austrias*. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2009.
- ALVAR EZQUERRA, Alfredo (et. al.). *La España de los Austrias. La actividad política*. Madrid: Akal, 2011.
- ÁLVAREZ JUNCO, José. *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus, 2001.
- ARCE, Javier. *Bárbaros y romanos en Hispania, 400-507 A. D.* Madrid: Marcial Pons, 2007.
- , *Esperando a los árabes. Los visigodos en Hispania (507-711)*. Madrid: Marcial Pons, 2011.
- ARTOLA, Miguel. *Programas y partidos políticos. 1808-1936*. Madrid: Alianza Editorial, 1974.
- , *Orígenes de la España contemporánea*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1975.
- ARDIT LUCAS, Manuel. *El Siglo de las Luces. Economía*. Madrid: Síntesis, 2007.
- BALCELLS, Albert. *El nacionalismo catalán*. Madrid: Historia 16, 1991.
- BELenguER, Ernest. *Fernando el Católico*. Barcelona: Península, 1999.

- BENDALA, Manuel. *Tartessos, íberos y celtas*. Madrid: Temas de hoy, 2007.
- BEN AMÍ, Shlomo. *La dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930*. Barcelona: Planeta, 1983.
- BODELÓN, Serafín. *Literatura latina de la Edad Media en España*. Madrid: Akal, 1989.
- CAPEL MARTÍNEZ, Rosa María y CEPEDA GÓMEZ, José. *El Siglo de las Luces. Política y sociedad*. Madrid: Síntesis, 2006.
- CARR, Raymond. *España: 1808-1975*. Barcelona: Ariel, 1998.
- CLEMENTE, Josep Carlos. *Breve historia de las Guerras Carlistas*. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2011.
- CUNCHILLOS, Jesús Luis. «Nueva etimología de la palabra *Hispania*». *Actas del IV Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos*, I, Cádiz, 2000. p. 217-225.
- DE LA GRANJA, José Luis. *El nacionalismo vasco: un siglo de historia*. Madrid: Tecnos, 1995.
- DE MIGUEL, Amando. *Sociología del franquismo*. Barcelona: Euros, 1975.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio. *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*. Barcelona: Ariel, 1976.
- , *Instituciones y sociedad en la España de los Austrias*. Barcelona: Ariel, 1985.
- DUBET, Anne y RUIZ IBÁÑEZ, José Javier (eds.). *Las monarquías española y francesa (siglos XVI-XVIII): ¿dos modelos políticos?* Madrid: Casa de Velázquez, 2011.
- DURÁN, Nelson. *La Unión Liberal y la modernización de la España isabelina. Una convivencia frustrada*. Madrid: Akal, 1979.
- ELLIOT, John. *La España Imperial*. Barcelona: Vicens-Vives, 1965.
- , *La rebelión de los catalanes*. Madrid: Siglo XXI, 1977.

- ELORZA, Antonio y LÓPEZ-ALONSO, Carmen. *El hierro y el oro. Pensamiento político en España. Siglos XVI-XVIII*. Madrid: Historia 16, 1989.
- FEIJOO, Benito Jerónimo: «Amor de la patria y pasión nacional». En: *Teatro Crítico Universal*, Tomo III, Discurso 10.º, 1729.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. *Isabel la Católica*. Madrid: Espasa-Calpe, 2003.
- , *Felipe II y su tiempo*. Madrid: Espasa-Calpe, 2006.
- FUSI, Juan Pablo. *España. La evolución de la identidad nacional*. Madrid: Temas de Hoy, 2000.
- , «España. La evolución de la identidad nacional». En: V.V. A.A. *La Nación española: historia y presente*. Madrid: FAES, 2001.
- , y PALAFOX, Jordi. *España: 1808-1986. El desafío de la modernidad*. Madrid: Espasa-Calpe, 1997.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando y AZCONA, José Manuel. *El nacionalismo vasco*. Madrid: Historia 16, 1991.
- GONZÁLEZ ANTÓN, Luis. *Las Cortes en la España del Antiguo Régimen*. Madrid: Siglo XXI, 1989.
- , *España y las Españas*. Madrid: Alianza Editorial, 2007.
- GONZÁLEZ RUIZ, David. *Breve historia de la Corona de Aragón*. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2012.
- GUTIÉRREZ ESCUDERO, Antonio. *América: descubrimiento de un mundo nuevo*. Madrid: Istmo, 1990.
- HERNÁNDEZ CARDONA, Francesc Xavier y RUBIO CAMPILLO, Xavier. *Breve historia de la guerra moderna*. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2010.
- HERNÁNDEZ GARVI, José Luis. *Glorias y miserias imperiales. Crónicas insólitas de la época de los Austrias*. Madrid: EDAF, 2012.
- ÍÑIGO FERNÁNDEZ, Luis. *Breve historia de la Segunda República española*. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2010.

- JUARISTI, Jon. *Vestigios de Babel. Para una arqueología de los nacionalismos españoles*. Madrid: Siglo XXI, 1993.
- KAMEN, Henry. *Una sociedad conflictiva: España, 1469-1714*. Madrid: Alianza Editorial, 1984.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel. *La formación medieval de España. Territorios, regiones, reinos*. Madrid: Alianza Editorial, 2004.
- LYNCH, John. *España bajo los Austrias*. Barcelona: Península, 1970 (actualizado y publicado de nuevo en 2000 por la editorial Crítica bajo el título *Los Austrias, 1516-1700*).
- , *La España del siglo XVIII*. Barcelona: Crítica, 2009.
- MARAÑÓN, Gregorio. *El conde-duque de Olivares. La pasión de mandar*. Madrid: Espasa-Calpe, 1936.
- MARAVALL, José María. *El concepto de España en la Edad Media*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1964.
- , *Poder, honor y élites en el siglo XVII*. Madrid: Siglo XXI, 1984.
- MARÍAS, Julián. *España inteligible. Razón histórica de las Españas*. Madrid: Alianza Editorial, 1985.
- MARÍN ARCE, José María. *Santiago Alba y la crisis de la Restauración*. Madrid: UNED, 1990.
- MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo. *El condado de Castilla (711-1038): la historia frente a la leyenda*. Madrid: Marcial Pons, 2005.
- MARTÍNEZ LÁINEZ, Francisco, y DE TOCA CATALÁ, José María. *Tercios de España. La infantería legendaria*. Madrid: EDAF, 2006.
- MAURA, Miguel. *Así cayó Alfonso XIII...* Barcelona: Ariel, 1995.
- MAYER, Arno. *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*. Madrid: Alianza Editorial, 1984.

- MORALES MOYA, Antonio. «La construcción del Estado-nación». En: V.V. A.A. *Liberalismo y romanticismo en los tiempos de Isabel II*. Madrid: Sociedad estatal de conmemoraciones culturales, 2004.
- ONAINDÍA, Mario. *La construcción de la nación española. Nacionalismo y republicanismo en la Ilustración*. Barcelona: Ediciones B, 2002.
- OSSORIO Y GALLARDO, Ángel. *El pensamiento político catalán durante la guerra de España con la República Francesa, 1793-1795*. Madrid: Imprenta Oliva, 1913.
- PALACIO ATARD, Vicente. *Nosotros los españoles*. Barcelona: Planeta, 1991.
- , (ed.). *De Hispania a España. El nombre y el concepto a través de los siglos*. Madrid: Temas de Hoy, 2005.
- PAYNE, Stanley. *El régimen de Franco, 1936-1975*. Madrid: Alianza Editorial, 1987.
- PEREIRA, Juan Carlos (coord.). *La política exterior de España. De 1800 hasta hoy*. Barcelona: Ariel, 2010.
- PÉREZ, Joseph. *La España de los Reyes Católicos*. Madrid: Nerea, 2002.
- , *Los comuneros*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2006.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro. *De Imperio a Nación. Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930)*. Madrid: Alianza, 1988.
- PRESTON, Paul. *Juan Carlos: el rey de un pueblo*. Barcelona: Plaza y Janés, 2003.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, Nicolás (comp.). *La modernización económica de España, 1830-1930*. Madrid: Alianza Editorial, 1987.
- SECO SERRANO, Carlos. *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración*. Madrid: Rialp, 1992.
- , *Historia del conservadurismo español. Una línea política integradora en el siglo XIX*. Madrid: Temas de Hoy, 2000.

- SERRANO SUÑER, Ramón. *Entre Hendaya y Gibraltar*. Barcelona: Planeta, 2011.
- SOLÉ TURA, Jordi y AJA, Eliseo. *Constituciones y períodos constituyentes en España, 1808-1936*. Madrid: Siglo XXI, 1978.
- SOTO, Álvaro y MARTÍNEZ, Pedro Antonio. «La naturaleza del franquismo». En: *El País*, 2011: 8 de junio.
- SUÁREZ, Luis. *Los Reyes Católicos: la conquista del trono*. Madrid: Rialp, 1989.
- , *En los orígenes de España. Mitos y realidades*. Barcelona: Ariel, 2011.
- , *Franco. Los años decisivos. 1931-1945*. Barcelona: Ariel, 2011.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel (ed.). *Las máscaras de la libertad. El liberalismo español, 1808-1950*. Madrid: Marcial Pons, 2003.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel. *España: la quiebra de 1898 (Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo)*. Madrid: SARPE, 1986.
- TUSELL, Javier. *La Dictadura de Franco*. Madrid: Alianza Editorial, 1988.
- , *La Transición española a la democracia*. Madrid: Historia 16, 1991.
- , *Juan Carlos I: la restauración de la Monarquía*. Madrid: Temas de Hoy, 1995.
- , *España, una angustia nacional*. Madrid: Espasa-Calpe, 1999.
- VALDEÓN BARUQUE, Julio. *Los Trastámaras*. Madrid: Temas de Hoy, 2001.
- VARELA ORTEGA, José. *Los amigos políticos: partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*. Madrid: Marcial Pons, 2001.
- VILAR, Sergio. *Franquismo y antifranquismo*. Madrid: Orbis, 1986
- VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis. *La formación de los reinos hispánicos*. Madrid: Espasa-Calpe, 2006.